

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

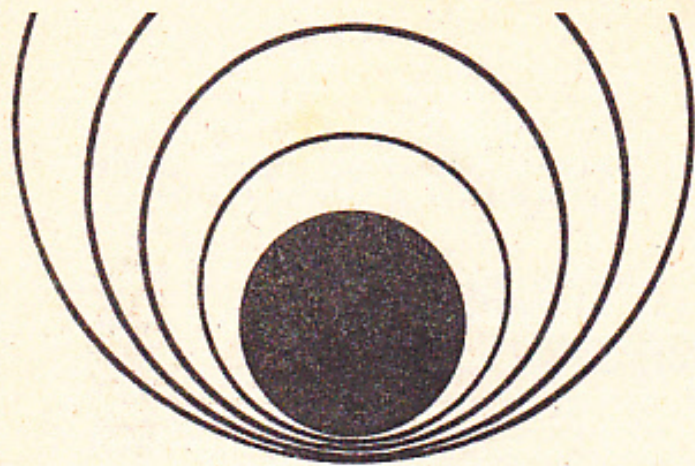
POLICIAO

**EN BUSCA DE
MELODY WAYNES**

Kelltom McIntire

Ana Juncal





PUNTO ROJO



KELLTOM McINTIRE EN BUSCA DE MELODY WAYNES

Colección PUNTO ROJO n.º
1.087 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

1.060 — Vía Crucis.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.612 — Pregunten a Johnny Almeida.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al Más Allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170 — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949 — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867 — El largo camino hasta Albuquerque.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 59-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1983

2.a edición en América: agosto, 1983

© Kelltom McIntire - 1983 texto

© Martín - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N152, Km 21,650) Barcelona –
1983

CAPITULO PRIMERO

Los Drake, padre e hijo, tuvieron que interrumpir súbitamente su descanso del fin de semana para atender la urgente llamada que provenía de Boston.

Drake hijo —cuyo nombre de pila era Stanley— se sentía particularmente malhumorado, pues el rumor del *jeep* en que Tom Brown se trasladó a la montaña para traerles el recado, había espantado la manada de antílopes monteses que padre e hijo habían estado rastreando toda la mañana. Había un macho soberbio, viejo conocido de los Drake desde años atrás, que Stanley soñaba con abatir y disecar, para después colgar de uno de los muros de Big Creek Ranch. De todas formas, y aunque el ruido del vehículo que se acercaba velozmente cuesta arriba alertó a la manada, Stanley Drake apuntó cuidadosamente y disparó. Pero el magnífico macho dio un increíble salto y desapareció tras los enhiestos peñascos, seguido inmediatamente del resto de la manada.

Su padre, Wilfrid Drake, sonrió con sorna cuando Stanley comenzó a despotricar contra el inoportuno Tom Brown, causante del fallo.

Todavía estaba gruñendo y dándose a todos los diablos, cuando el *jeep* frenó a unos metros de distancia y Tom saltó ágilmente al suelo y se reunió con los Drake.

Una mirada a las cumbres le bastó para comprender la magnitud de la «tragedia» de la que únicamente él era responsable.

Por eso se quitó el sombrero de anchas alas y pronunció, contrito:

—Lo siento de veras, Stanley. Sé que lleva mucho tiempo detrás de ese animal. Y de verdad que merece la pena. Yo le he visto varias veces lo suficientemente cerca como para admirar su magnífica cuerna. Indudablemente, se trata de un animal récord, a juzgar por sus dimensiones. Lástima que...

Drake hijo bufó de indignación.

—¿Y aún vienes a recordármelo? —barbotó, furioso.

Drake padre seguía sonriendo socarronamente.

También a él le hubiera gustado abatir al soberbio jefe de la manada de antílopes, pero para Wilfrid Drake no se trataba de un asunto urgente. Otro día volverían a Wild Walley y probablemente surgiría otra nueva oportunidad de colgar el formidable trofeo en una pared del gran salón del rancho. Lamentablemente, su hijo era vehemente con exceso.

—Bien, Tom. Supongo que el motivo que te trae hasta aquí es lo suficientemente importante como para justificar que Stanley haya perdido la oportunidad de abatir a ese descomunal macho —dijo Drake padre con una pizca de sorna.

Mientras Stanley disimulaba su enojo repasando y limpiando su magnífico rifle «Remington», Brown le dio el recado que traía.

—Es una llamada urgente desde Boston, señor. El que telefoneó era Howard Lane, mayordomo de míster Patrick Waynes. Dijo que el señor Waynes está agonizando y ha pedido encarecidamente que usted vaya a visitarle antes de que...

Los Drake se inmutaron.

—¿Cóoomo? —exclamó Stanley, apartando el rifle a un lado para dedicar toda su atención a Tom Brown.

—Ese es el recado que me dio el mayordomo de míster Waynes. Al parecer, ha sufrido un gravísimo ataque cardíaco y los médicos no confían en sacarle adelante de este trance. Míster Waynes debe ser consciente de que su final está próximo, porque lo único que desea es entrevistarse con usted, señor Drake —repitió el empleado.

La sonrisa burlona se había borrado del sereno rostro de Wilfrid Drake.

—¡Dios mío! —exclamó, impresionado. Y se volvió hacia su hijo—. Evidentemente, Stan, Tom tenía razón al interrumpir nuestra partida de caza. Recojámoslo todo. Es preciso volver inmediatamente a Boston. ¿Quieres echarnos una mano, Tom? —pidió.

Recogieron apresuradamente las armas y el resto de la impedimenta, que cargaron en la parte posterior del *jeep*. Subieron los tres al vehículo y Tom condujo a toda velocidad en dirección al Big Creek Ranch.

Se encontraban a seiscientos kilómetros de distancia de Boston, pero ello no era obstáculo para los Drake, que solían trasladarse al rancho en la magnífica avioneta «Cessna» que pilotaba Stanley.

Diez minutos después, padre e hijo, cambiadas sus indumentarias de caza por severos trajes oscuros subían al avión y partían hacia Boston.

—Bien, ¿qué le ocurre a Waynes? —preguntó Stanley, cuando ya el avión alcanzaba su altitud de crucero.

—Se está muriendo. ¿Te parece poco? —respondió su padre, reflexivo.

—No me refiero a eso, papá. Tú eres el notario encargado de custodiar su testamento. Tengo entendido que todo estaba en orden, ¿no es cierto?

Wilfrid Drake asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Desde luego. Mi viejo amigo Pat Waynes había legado su inmensa fortuna a su esposa, pero ya sabes lo que ocurrió: Margie Waynes murió hace veinte días, víctima de un accidente de automóvil —dijo.

Movió la cabeza con pesadumbre y añadió:

—Y ahora, esto. Es una desgracia, una desgracia... ¡Pobre Pat! Vivió muy intensamente a lo largo de sesenta años. No es extraño que su corazón se haya resentido...

Stanley miró a su padre con viva atención.

—Entonces... ¿qué será de su fortuna? Patrick Waynes está considerado uno de los hombres más ricos de este país. Un especialista de la revista *High Finances* valoraba la fortuna de Waynes en unos mil doscientos millones de dólares —expresó con un ademán de controlado asombro.

—Es posible —admitió Drake *sénior*—. Si, Pat es un hombre muy rico. Y es una pena que su dinero vaya a parar a las arcas del Tesoro. Que yo sepa, mi amigo no tuvo hijos de su unión con Margie, a la que adoraba.

Callaron durante unos minutos. En el interior de la carlinga no se oía otra cosa que el suave zumbido de los dos motores de la Cessna.

—Sí, es una lástima —dijo luego Stanley, brillantes los ojos de excitación—, ¡Cuántas cosas podrían hacerse con una fortuna como la de Waynes!

Su padre le miró, sorprendido.

—¿Desde cuándo te interesa el dinero? —exclamó con una pizca de ironía—. Cuando te propuse unirme a mi empresa, recién terminada tu carrera de Derecho, dejaste bien sentado que no tenías gran interés en enriquecerte. Incluso me costó muchos días y toda serie de argumentos hacerte comprender que para ti era más conveniente convertirte en un socio de la firma Drake & Drake que establecerte por tu cuenta.

Stanley dejó escapar una risita.

—Confieso que entonces era un idealista. Y, para decir, la verdad, no me hacía mucha gracia encerrarme en un despacho durante una larga jornada —declaró, divertido—. Se me antojaba que mi existencia iba a ser a partir de entonces muy aburrida, pero confieso formalmente que no ha sido así. También he de reconocer que, desde que entré a formar parte de tu empresa de asesoría legal, fui valorando en lo que vale la posibilidad de gozar de coches lujosos y caros, trajes elegantes, amistades importantes, propiedades campestres de centenares de hectáreas, mansiones principescas, fiestas, vacaciones... y una considerable cantidad de dólares en mi cuenta corriente.

Su padre le dedicó una mirada llena de afecto.

—Durante una temporada me tuviste muy preocupado, Stan —recordó, entornados los ojos—. Tu madre murió cuando tú apenas tenías tres años. La tarea de criarte y educarte se me antojó entonces gigantesca. Me diste algunos motivos de preocupación: eras un niño triste y solitario, introvertido. Por eso decidí tenerte junto a mí todo el tiempo posible, hasta que creciste y reaccionaste. Luego... me costó mucho dejarte marchar a la Universidad, tan lejos, pues tú te empeñaste en ir a estudiar a California.

—Pero yo necesitaba volar por mis propios medios, aprender a desenvolverme lejos de ti, desarrollar mi personalidad —se justificó Stanley.

—Y no te lo reprocho. Cuando volviste a casa, algunos meses después, eras otro hombre: te habías desarrollado física y psíquicamente. Volvías convertido en un joven lleno de optimismo, extrovertido y entusiasta. Adquiriste considerable madurez y... extraordinarios músculos. Pero tu relación con los universitarios de Berkeley te convirtió también en un joven excesivamente despreocupado. ¿Recuerdas? Por entonces soñabas con alocadas aventuras, como cruzar el Pacífico en solitario.

Stanley rió de buena gana.

—Y ahora me he convertido en un sesudo abogado de treinta años, ansioso por afianzarse en su profesión y conseguir una sólida fortuna. ¿Qué tiene ello de malo? —exclamó.

—Tienes razón. Nada hay de criticable en que un hombre joven pretenda prosperar y consolidar su futuro económico. ¿Y sabes? Estoy orgulloso de ti. Convertirte en mi único socio ha servido para darle auge a mi despacho con los consiguientes beneficios económicos. Sí, Stan; me siento muy satisfecho. Sólo me preocupa...

—¿Qué? —inquirió su hijo, preocupado.

—Esa llamada urgente de Patrick Waynes. Aparte del dolor y la preocupación por su grave estado, me pregunto a qué se deberá su llamada. Aún no hace dos semanas que le telefoneé. Tras la muerte de su esposa, yo quería saber si Pat deseaba hacer alguna modificación en su testamento. Pero de sus palabras deduje que Waynes se sentía tan traumatizado por la pérdida de su mujer, que no deseaba en aquellos momentos discutir conmigo asuntos económicos.

—Tal vez, conociendo que va a morir, haya decidido dedicar parte de su dinero a una fundación, a obras de caridad, a...

Wilfrid Drake movió la cabeza en sentido negativo.

—No. Yo le conozco a fondo y sé que Pat no es hombre que regale su dinero para obras sociales o algo semejante. En realidad, siempre fue un individuo excesivamente celoso de su fortuna. Un

avaro, para decirlo claramente. Incluso se ocupaba personalmente de la administración de su hogar. Por supuesto, no recortaba los gastos de su esposa, pero le exigía justificantes de todas sus compras, por poner un ejemplo —relató.

—Tengo entendido que ganó su fortuna a pulso. Un hombre admirable —intervino Stanley.

—Sí. Trabajó denodadamente desde muy joven. Su familia era pobre, pero él prosperó rápidamente cuando se dedicó a las subastas de viejos vehículos del ejército. Después probó fortuna en negocios de la construcción y la suerte le fue propicia. Invertió en negocios que parecían ruinosos, pero que algún tiempo después se demostraron muy lucrativos. ¿Quieres creerlo? Cualquier empresa que tocara Pat Waynes acababa convirtiéndose en un chorro de oro. Actualmente posee intereses de todo tipo, desde aeronáutica hasta negocios de recuperación de chatarras...

—Yo apenas le conozco, pero tú y él sois amigos. ¿Qué clase de hombre es?

—Un tipo muy activo, emprendedor, exultante de energía. En lo más íntimo, desconfiado y egoísta, aunque honrado hasta la exageración y amigo de sus amigos. Y un detalle poco conocido: un hombre mujeriego, ávido de faldas. Tuvo numerosas aventuras sentimentales en su juventud, fugaces por lo general. Era ya maduro cuando conoció a Margaret Gaylord. Ella provenía de una familia honorable y distinguida. Gente del sur, venida a menos. Para Waynes, Margie Gaylord era una señora, *la señora* por antonomasia. Se casó con ella porque la quería, pero también porque la admiraba por su elegancia y refinadas maneras. La adoraba. Creo que a partir de la unión, Pat olvidó sus aventuras con mujeres fáciles —dijo, pensativo. Y añadió, obsesionado—: ¿Cuál será el motivo de su urgente llamada?

Stanley sonrió, comprensivo.

—No te atormentes, papá. Estamos aproximándonos al aeropuerto. Dentro de media hora estaremos en presencia de Paty Waynes y podrás saciar tu curiosidad.

CAPITULO II

Wilfrid Drake se separó bruscamente del lecho que ocupaba Patrick Waynes.

—¿Una hija? ¿Estás seguro? —murmuró, asombrado.

Waynes asintió con un rictus de cansancio.

—Así es —pronunció con un hilo de voz—. Jamás me hubiera atrevido a reconocer a Melody en vida de Margie. Pero ahora ella está muerta y yo estoy a punto de dar el gran paso. Quiero legar a mi hija toda mi fortuna.

Drake cambió una rápida mirada con su hijo, que permanecía en pie silencioso a los pies del lecho.

—Escúchame, Wil, pues no me queda mucho tiempo. Fue hace diecisiete años: Margie y yo tuvimos un disgusto. ¿El motivo? Estaba celosa de una de sus amigas, que nos visitaba con frecuencia. Fue una escena muy fuerte. Margie era una puritana y me amenazó con solicitar el divorcio. Me enfurecí, me encolericé terriblemente y abandoné el hogar por unos días —narró con silbidos estertorosos—. Me alojé en el hotel y una noche conocí en el bar a una atractiva joven llamada Sally Christie. Bebimos juntos y me dijo que era actriz, aunque hasta entonces no había tenido demasiada suerte. Era muy simpática y parlanchina. Físicamente, su joven cuerpo me tentó. Le propuse que subiera a mis habitaciones y accedió... Bien, vivimos juntos durante una semana, pero yo amaba a Margie y al cabo decidí volver al hogar y reconciliarme con ella. Y eso fue lo que hice. En cuanto a Sally, me llamaba por teléfono continuamente recordándome mi promesa de ayudarla en su carrera. Yo no recordaba haberle prometido nada semejante, pero un mes después se entrevistó conmigo y confesó que se encontraba encinta.

Calló un momento para recuperar el aliento. Stanley se esforzaba ávidamente en seguir las susurrantes palabras del hombre que yacía en el lecho.

—No la creí, en principio, pero ella me hizo acompañarla a la consulta de un ginecólogo y me demostró que estaba embarazada de un mes. Naturalmente, hice todo lo posible por ella. No sólo le entregué una crecida cantidad como compensación, sino que me ofrecí a correr con los gastos de madre e hijo durante el tiempo de la gestación. Pero Sally quería más y más. Me obligó a introducirla en el mundo del cine, a presentarla a productores y directores e incluso invertí una gran cantidad de dinero en una película. Lamentablemente, Sally no tenía dotes de actriz, como me confesó el director de aquella película, que jamás se estrenó. Por lo demás, Sally no parecía muy interesada por su embarazo.

Seguía haciendo la misma alocada vida de antes: salía, bailaba, bebía, se divertía...

El problema de Waynes era que no podía sincerarse ante su esposa. Margie procedía de una familia puritana, observadora de las más estrictas normas morales.

—Sé que Margie daría por cancelada nuestra unión, si yo le hubiera confesado que esperaba un hijo de otra mujer —siguió Waynes, con voz cada vez más débil y apagada—. Por tanto, lo único que me interesaba era callar la boca a aquella insaciable jovencita. Sally no se conformaba con la pensión que yo le pasaba mensualmente, que le hubiera bastado para vivir decentemente y criar a su hijo. Se había informado minuciosamente de cuanto me concernía, de modo que sabía perfectamente que Margie no soportaría la verdad. Sally debió notar que yo estaba aterrado y aprovechó la situación en su provecho. Descaradamente me hizo objeto de chantaje. Yo pagaba y pagaba, con tal de que ella siguiera callando. Luego dio a luz. Era una niña preciosa, a la que sólo vi unas pocas veces, y a la que puso por nombre Melody.

En cuanto se recuperó del parto, Sally volvió a su vida anterior. Se relacionaba con gente del cine, anunciaba ambiciosos proyectos, viajaba constantemente y apenas se preocupaba de su hija, a la que había confiado a una institución especializada.

—Durante diez años, Sally Christie fue para mí una verdadera sanguijuela —afirmó el moribundo—. He contabilizado minuciosamente el dinero que le fui entregando y la suma asciende a más de medio millón de dólares. Para ella, la aventura de una semana en mi compañía se convirtió en el mejor tiempo invertido, pues gracias a mí pudo vivir como una reina. Había intentado volver al cine, pero no tuvo éxito y esto la amargaba profundamente. El resultado era que volvía a mí con nuevas exigencias económicas, que yo satisfacía sin dudar. Cuando Melody cumplió diez años, Sally se había convertido en un desecho humano. Padeecía del estómago debido a sus abusos alcohólicos y también del hígado, parte del cual hubieron de extirparle en una operación a vida o muerte. Pero se salvó y se entregó a las drogas. Así fue como murió...

Wilfrid se sentía compadecido. El hombre que tenía ante sí debía haber sufrido mucho en su afán por salvar su matrimonio. Como si Waynes hubiera adivinado sus pensamientos, alzó la mortecina mirada y añadió:

—Sufrí mucho durante aquellos años. No sólo era el miedo por perder a Margie, a la que adoraba, sino también los remordimientos por mi cobarde conducta. Estaba Melody, una niña inocente, que probablemente sería desgraciada por el resto

de su vida...

—Dices que Sally murió... —sugirió el notario Drake.

—Podría decirse que se suicidó, si no fuera porque ella amaba demasiado mi dinero como para perder su fácil forma de vivir. Tal vez se sintió desesperada por su vida estéril y egoísta. Según supe, necesitaba ya una gran cantidad de drogas para seguir viviendo. Fue en una reunión con gente de su calaña, en una casa de campo de las afueras de la ciudad. Estaban todos desnudos y se drogaron hasta caer exánimes. Sally fue hallada muerta entre otras personas que permanecían sumidas en la modorra de los narcóticos. ¡Es curioso! Según el dictamen forense, Sally falleció de un ataque cardíaco... Probablemente, yo moriré por el mismo motivo.

—Por favor, no te excites, Pat —suplicó Wilfrid. Y mintió—: Aún hay esperanzas para ti.

Pero Pat Waynes sonrió tristemente.

—Gracias por tus palabras de ánimo, viejo amigo —murmuró —, pero sé muy bien que la muerte ronda próxima. Por eso me interesa dejar solucionado este asunto.

—Está bien. Habla.

—He sido injusto con Melody, pues durante estos años no he hecho otra cosa por ella que desprenderme de una ínfima parte de mi dinero. Es mi hija, sangre de mi sangre. No le he ofrecido amor ni cuidados, pero quiero asegurarme de que recibirá la educación y la protección necesarios. He decidido legarle toda mi fortuna.

Stanley murmuró algo entre dientes, pero el millonario continuó hablando sigilosamente al oído del notario.

—Cuando su madre murió, yo me ocupé secretamente de la educación de mi hija. Melody fue a estudiar a un famoso colegio de

Inglaterra. Durante cinco años recibí las facturas de sus gastos, que me enviaba la dirección del colegio, y también seguí con satisfacción sus progresos en el estudio. Luego, hace apenas dos años ocurrió algo...

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó Drake, al comprobar que el millonario se detenía en su relato.

Waynes jadeó estertorosamente y tosió impotente.

Durante unos segundos se debatió en el lecho, a punto de ahogarse, por lo que Stanley abandonó apresuradamente la habitación y volvió con el doctor Freemount, el cual al advertir la gravedad del enfermo, se dispuso a ponerle una inyección, directamente al corazón.

—Señores, creo sinceramente que debían salir —dijo a los

Drake—. Está claro que esta entrevista sólo sirve para agravar el estado del señor Waynes. ¿Por favor!

El notario se incorporó y se separó del lecho. Ya se disponían a abandonar la habitación padre e hijo, cuando oyeron la voz del millonario.

—¡Déjeles estar, doctor Freemount! —se esforzaba, incorporado sobre el lecho—, ¿no comprende que necesito hablar con el señor Drake? Ya apenas me queda tiempo...

Freemount vaciló. Dudaba entre su deber de médico y las palabras suplicantes del agonizante. Por último, se decidió por acatar su voluntad.

—No dude en avisarme si lo juzga necesario —susurró al oído de Stanley Drake—. Estaré al otro lado de la puerta.

En cuanto el médico salió, Waynes instó a Wilfrid Drake para que se sentase en el borde de la cama. Apoyada una temblorosa mano en el hombro del notario, susurró:

—Wil, prométeme que encontrarás a mi hija.

—Pero...

—Melody huyó del colegio hace dos años. La directora me telefoneó inmediatamente pidiéndome instrucciones. Le pedí que denunciara el hecho a la policía y que contratara a investigadores privados simultáneamente, de modo que Melody fuera hallada cuanto antes. Me sentía angustiado, Wil. La directora me había explicado que Melody era una buena estudiante, pero también una joven excesivamente arisca y rebelde... Por desgracia, Melody no apareció. Días después, la policía británica averiguó que mi hija se había unido a un grupo folklórico que haría una larga gira alrededor del mundo. Siguieron llegándome informes: Melody había sido vista en Melbourne, pero la policía llegó tarde para detener el avión en el que el grupo se dirigía a Estados Unidos. Y a partir de allí se perdió definitivamente su pista. He hecho cuanto ha estado en mi mano por averiguar su paradero, pero debo confesar que nada he conseguido —jadeó Waynes—. Imagino que Melody dejaría de trotar de un extremo a otro del mundo si supiera que tiene la posibilidad de entrar en posesión de una de las primeras fortunas de este país. Por desgracia, ella ni siquiera sabe que su padre es Patrick Waynes.

Calló, exhausto.

—Haré cuanto esté en mi mano por encontrar a Melody —prometió Wilfrid Drake. Y pensó—: «Si es que vive aún.»

—Te compensaré cumplidamente, viejo amigo —respondió Waynes—. Y ahora, por favor, trae dos testigos. Quiero que escribas mi testamento. Wil, antes... antes de que esto se termine definitivamente.

Stanley salió de la habitación y volvió con el doctor Freemount y una enfermera.

Durante poco más de media hora, el notario Drake redactó el testamento de Patrick Waynes, que firmó este mismo en presencia de los testigos.

Después el millonario se despidió emotivamente de los Drake. Cuando salieron, el doctor Freemount volvió a inyectarle un excitante cardíaco, pero antes de que hubiera sacado la aguja hipodérmica, Patrick Wayne había dejado de existir.

CAPITULO III

—Un millón de dólares para cada uno, aparte de los gastos — declaró Wilfrid Drake—. Waynes me obligó a hacerlo constar en sus últimas voluntades.

—¡Un millón de dólares! —repitió Stanley, sin disimular su satisfacción—. Es mucho dinero.

—Sí. El pobre Pat se habrá convertido en nuestro mejor cliente... en el caso de que hallemos a su hija. Porque en caso contrario, sólo percibiremos unos miles de dólares. De todas formas, y aunque la recompensa resulte tentadora, no es el dinero lo que más me mueve a intentar cumplir la última voluntad de mi pobre amigo.

—¿Qué otra cosa, pues?

—Waynes estaba en deuda con su hija. ¡Parecía tan desesperado poco antes de expirar...! De veras, Stan, creo que no le asustaba tanto la muerte como los remordimientos por no haber tenido la valentía de confesar la verdad a su esposa. ¡Ya ves qué paradojas tiene la vida! Pat fue a encontrar fuera del matrimonio la descendencia que le fue negada dentro de él. En fin; voy a poner todo mi interés en encontrar a esa muchacha.

Stanley Drake encendió un cigarrillo.

—No va a ser fácil. Hubo mucha gente empeñada en encontrar a Melody a lo largo de su fuga —objetó—. Policías e investigadores privados, personas especializadas en la búsqueda de personas desaparecidas. Y no consiguieron nada.

Míster Drake sonrió.

—Pero ellos no poseían el cebo —dijo—. El irresistible cebo.

—¿Qué cebo?

—Mil doscientos millones de dólares. Melody puede ser una joven muy alocada, pero debería ser tonta de remate para despreciar tan colosal fortuna. Estoy seguro de que aparecerá en cuanto llegue a sus oídos la noticia.

—Tienes razón, papá. Todo el mundo baila al ritmo de la música celestial de los dólares —asintió su hijo.

—Además, en su testamento. Waynes me autoriza a invertir hasta un diez por ciento de su capital en las gestiones para dar con el paradero de su hija. Eso suponen ciento veinte millones de dólares. Querido hijo: ¿crees que disponemos de suficiente dinero para poner nos a trabajar? —preguntó el notario con fina ironía.

—Indudablemente —respondió Stanley.

Y comenzaron a organizar la búsqueda de una chica de diecisiete años llamada Melody.

—Yo soy Melody Christie —dijo la muchacha con aplomo.

La señorita Gardiner, la secretaria de Drake & Drake acababa de hacerla pasar a uno de los lujosos despachos. La chica había aceptado el asiento que Stanley le ofrecía e incluso tomó un cigarrillo de la pitillera que había en la mesa. Sin dejar de observarla con fijeza, el abogado se apresuró a encenderlo.

Era una joven morena, delgada, con una larga melena lacia, ojos castaños y rostro pecoso. Era muy atractiva y demostraba un desparpajo considerable.

Cruzadas las piernas con gran desenvoltura, mostraba los juveniles muslos hasta una altura indiscreta y sostenía las miradas de Drake y su secretaria sin pestañear.

—Así que usted es la señorita Melody Christie... —pronunció Stanley con lentitud.

—Sí, ya se lo he dicho. Ese es mi nombre.

—Bien. ¿Tiene la bondad de enseñarme sus documentos de identidad? —pidió el abogado.

La chica se encogió de hombros.

—No tengo documentos. Rompí el pasaporte antes de huir del Aldington College. Quería pasar desapercibida, borrar todas mis huellas —dijo.

No vacilaba lo más mínimo. Había formulado su respuesta con toda la seguridad del mundo.

—Muy bien. En ese caso, señorita Christie, tendrá que hacerme un resumen detallado de su vida, desde que tuvo uso de razón hasta ahora mismo —exigió Drake.

—Por supuesto —contestó la joven.

Y describió rápidamente su estancia en el colegio de las religiosas carmelitas de Boston, citó a diversas personas, entre ellas a su madre, Sally Christie, habló de su viaje a Inglaterra, donde estuvo por espacio de cinco años, de su fuga alrededor del mundo con un grupo folklórico inglés...

—Perfectamente. ¿Dónde ha estado hasta ahora, señorita Christie? —preguntó Drake.

—¡Oh, por ahí! —repuso la muchacha, esbozando un amplio ademán con una mano—. Estuve yendo de un sitio a otro, hasta que me enteré de que mi padre había muerto.

El abogado cambió una mirada con su secretaria y esbozó una amplia sonrisa.

—Como no disponemos de documentos que prueben lo que

acaba de declarar, tendremos que recurrir a la prueba definitiva —explicó—. Así pues, señorita Christie, es preciso que se desnude.

La muchacha se puso en pie de un brinco.

—¿Qué ha dicho? —exclamó, enrojeciendo súbitamente.

—Debe desnudarse. Completamente.

—¡Pero...!

—Mire, señorita; hay un modo infalible de saber si usted es la verdadera Melody Christie, pues sabemos que ella tiene una cicatriz en cierto lugar íntimo. Imagino que esto puede resultarle violento, pero comprenda que es el único medio para identificarla sin lugar a dudas —expuso Drake—, Bien, ¿qué espera para desnudarse?

Las facciones de la joven pasaron rápidamente del rojo cereza al amarillo ciruela. Luego pronunció un rápido. «¡Oh, oh, oh...!» y escapó como alma que lleva el diablo del despacho.

Drake y su secretaria estallaron en carcajadas en cuanto la presunta Melody Christie hubo desaparecido.

—No falla —dijo Stanley— ¡en cuanto les pido que se desnuden escapan como si hubieran visto al diablo. En fin, ¿cuántas Melody Christie tendremos que entrevistar aún?

Porque era verdad: a lo largo de quince días, centenares de presuntas herederas habían desfilado por el despacho de la firma Drake & Drake.

Todas guardaban algún parecido con la verdadera y todas tenían bien aprendida su historia. Aunque esto no era muy difícil: a pesar de que padre e hijo se habían esforzado en llevar el asunto en secreto, la historia de la heredera de mil doscientos millones de dólares estaba en todos los periódicos. Probablemente, los periodistas habrían hallado la pista del *affaire* en el hospital, tras interrogar exhaustivamente a las enfermeras. Lo cierto era que el asunto era ya del dominio público y el apasionante caso, junto con el anuncio que los Drake habían hecho insertar en todos los periódicos, atraía a las jovencitas como la miel a las moscas.

Diariamente, los Drake tenían que entrevistar a una o dos docenas de chicas de diecisiete años, todas las cuales ofrecían dos factores comunes: el vago parecido con la verdadera Melody Christie y su ansiedad por entrar en posesión de la fabulosa fortuna.

El problema se complicaba aún más, puesto que los Drake habían ofrecido una recompensa de diez mil dólares a cualquier persona de cualquier nacionalidad que pudiese aportar pistas que llevasen a encontrar a la heredera. En consecuencia, los teléfonos

del despacho estaban sonando continuamente, ofrecido miles de testimonios sobre la existencia de otros tantos miles de posibles Melody Christie.

La situación era para enloquecer. En aquel mismo momento, por poner un ejemplo, mister Wilfrid Drake entrevistaba en otro despacho a otra muchacha que juraba y perjuraba ser «la única y verdadera Melody Christie».

En la sala de espera aguardaban aún más de veinte jóvenes parecidas entre sí. Y ello a pesar de que los Drake habían contratado a dos eficaces detectives que se encargaban de seleccionar a las candidatas entre riadas de concursantes.

La mayoría de aquellas muchachas estaban perfectamente aleccionadas y recitaban su aprendida «historia» con toda veracidad. Algunas incluso habían tenido la desfachatez de desnudarse ante Stanley y su secretaria al ser requeridas para despojarse de sus ropas...

De modo que a aquellas alturas, los Drake comenzaban a convencerse de que habían dado un paso en falso al publicar su anuncio en los diarios.

Por entonces aún confiaban en que la agencia de detectives Lodford obtuviera algún éxito en la búsqueda de Melody Christie (pues su madre la había inscrito en el registro civil con su apellido de soltera).

Jack Lodford en persona se había trasladado a Londres para seguir la pista de la muchacha desaparecida justamente en el lugar en que ésta se había esfumado. Lodford tenía instrucciones concretas de Stanley Drake: encontrar a las jóvenes que formaban parte de aquel grupo folklórico en el que hábilmente había logrado introducirse.

Derrochando ingenio y dinero a partes iguales, Lodford había conseguido algunos éxitos iniciales. Había interrogado a varias jóvenes, la mayoría de las cuales negaron conocer a una chica llamada Melody Christie. Pero Lodford insistió y una de ellas acabó confesando la verdad.

Al parecer, Melody había urdido una convincente historia lacrimógena: había contado que su madrastra la había internado contra su voluntad en un colegio donde la sometían a toda clase de castigos y vejaciones. Y el caso es que incluso mostró a las chicas del Folks Theater algunas hematomas y rasguños que, probablemente, ella misma se había inferido en su huida del Aldington College. Lo cierto era que las muchachas se habían apiadado de ella ingenuamente. Lo demás fue fruto de la casualidad: una de las chicas que debía emprender la gira enfermó y fue dada de baja en el elenco. Pero el resto de las

artistas silenció este hecho a los organizadores y Melody pasó subrepticamente a ocupar el puesto de la enferma, sin que nadie sospechase, pues se trataba de un grupo de teatro *amateur* formado por ochenta personas. Así que Melody había pasado a llamarse Anna Sheldon.

Tras actuar en Nueva Zelanda y Australia, el Folk Theater se había dirigido a las Barbados. Allí el grupo se dividió en dos secciones, unas de las cuales voló a Africa, mientras la otra volvía a Inglaterra. Anna Sheldon —es decir, Melody Christie— figuraba en la lista de embarque del vuelo Nassau-El Cabo.

Lodford había comprobado todos estos extremos documentalmente. Por desgracia, la pista de Melody se perdía en Sudáfrica. Pero Jack Lodford era infatigable y pensaba probar suerte con otras pistas a partir de El Cabo.

Entretanto, no cabía otra cosa que seguir entrevistando a la riada de jovencitas, aunque Stanley dudaba mucho que aquel método les llevase al éxito.

Sin embargo, la pista de la heredera iba a recuperarse siguiendo otros cauces. Algunos días después, un desgarrado muchacho llamado Timothy Gibson apareció en las oficinas de Drake & Drake.

Gibson debía tener unos veinticuatro años y tenía todo el aspecto de un pasota. Alto y flaco, de cabellos rubios y desaliñados, sus facciones presentaban unas prematuras arrugas alrededor de los ojos. Vestía unos destrozados tejanos y una camiseta deslucida. Entre las piernas descansaba un desastrado y mugriento saco de viaje.

Stanley estuvo observándole durante unos segundos y advirtió que a Gibson le temblaban las manos y entreabría los labios con ansiedad. Indudablemente, daba muestras de gran inseguridad y angustia.

—Vengo por lo de su anuncio acerca de Melody Christie —dijo—. Yo sé dónde está.

—¿Dónde exactamente?

—Despacio, tío —respondió el muchacho con desvergüenza—. He venido aquí a por la «pasta».

—¿La... «pasta»? —inquirió Drake, que no estaba muy al tanto del argot callejero.

—Los diez mil pavos que ofrecen a quien dé información sobre Melody Christie —puntualizó Gibson—. No querrá que le dé la información sin tener la seguridad de que recibiré lo mío. Escuche, amigo; yo necesito el dinero para pincharme, ¿no lo comprende? —expresó con ansiedad.

—Eso depende de lo que tenga que decirme, Gibson. Si es cierto

que sabe dónde se encuentra la señorita Christie, le entregaré algún dinero a cuenta. Y no dude de que recibirá el resto, hasta diez mil dólares, si a través de su información logramos hallar a la persona que buscamos... —respondió Drake.

Gibson se animó.

—Sé dónde está esa tal Melody Christie. Aunque ella se hace llamar de otra manera —declaró.

—¿Cómo?

—Anna Sheldon.

Este simple nombre avivó inmediatamente el interés de Staley Drake. Porque precisamente Anna Sheldon era el nombre que Melody había utilizado para viajar alrededor del mundo con las muchachas del Folks Theater. Y resultaba poco menos que imposible que un vagabundo como Gibson estuviera al tanto del informe secreto del detective Lodford.

Así que, para soltar la lengua de Gibson, sacó su cartera y puso diez billetes de cien dólares sobre la mesa.

—Como anticipo —especificó—. Y ahora dígame dónde se encuentra esa tal Anna Sheldon.

Antes de responder, el joven atrapó el dinero de un zarpazo, lo contó, hizo un rollito con los billetes y se los guardó en un bolsillo de su sucio pantalón.

—En el Merryvale Ranch, a unos treinta kilómetros de la ciudad de San Diego, en California —respondió.

—Dígame algo más, Gibson. ¿Cómo puede estar seguro de que esa joven es Melody Christie? —le interrogó el abogado.

—Vi su foto en los periódicos. Es ella, estoy seguro. He convivido con ella y sus amigos durante más de tres meses. No puedo equivocarme.

—Pero ¿qué hace en ese Merryvale Ranch?

Gibson le contó que el rancho era propiedad de un viejo llamado Al Merryvale, el cual alquilaba sus instalaciones a grupos de jóvenes huidos de sus familias.

—Allí cada uno hace lo que le viene en gana —relató el joven—, aunque la mayoría pertenece a una de esas sectas orientales dedicadas a la meditación. No hay más norma que rezar y cantar durante todo el día. Dedicar varios días al mes a realizar cuestaciones en las ciudades vecinas. Cantan y bailan en público y piden una limosna. Todo lo que recogen lo invierten en comida. Luego vuelven al rancho con sus viejos vehículos atestados de provisiones y se dedican a su «rollo» durante dos o tres semanas. Hasta que se les termina la comida.

Gibson afirmó también que dentro de aquel grupo existía una absoluta libertad sexual, lo que obligó a arrugar el ceño al abogado Drake.

—¿Se sorprende? —rió Gibson con cinismo—. Eso es lo que suele ocurrir en cuanto unos cuantos jóvenes de ambos sexos se reúnen, ¿no? Aquello es un paraíso. Todo el día cantando, bebiendo y haciendo el amor.

—¿Por qué se marchó usted? —quiso saber Drake.

—Ellos sólo fuman «yerba» (marihuana) y yo necesitaba algo más fuerte —respondió el muchacho por toda justificación.

—¿Y Melody..., es decir, Anna Sheldon?

—Ella es... distinta. Una «jai» muy atractiva, pero demasiado huraña y silenciosa. Jamás hablaba de sí misma ni de los suyos. Además, Anna rehuía todo contacto con elementos varones como si la proximidad de un hombre le repugnase. Así que no resultaba extraña su fama.

—¿Qué fama?

—La considerábamos una lesbiana, ¿comprende? Pero eso no era obstáculo para nosotros: en el grupo había varias muchachas así —explicó Gibson.

Stanley se mordió los labios. No era un mojigato, pero le asqueaban profundamente las desviaciones sexuales.

Miró a Gibson de hito en hito y finalmente le preguntó:

—Puede ofrecirme alguna prueba definitiva de que la joven que buscamos se encuentra efectivamente en el Merryvale Ranch?

—Sí. Hay una forma facilísima de comprobarlo. Llame por teléfono al viejo Merryvale. Su número es el 445-56-88. Exija que se ponga él precisamente al aparato, pues en caso contrario se pondrá algún miembro de la secta y lo negará todo para proteger a su camarada. Una vez esté seguro de que el viejo está al teléfono, hágase pasar por investigador privado y dígame que existe una recompensa sustanciosa para quien ofrezca información sobre una joven llamada Anna Sheldon. Seguro que obtendrá éxito: Merryvale lo contará todo a cambio de dinero, que es lo único que le interesa. Casi siempre está borracho, pero en cuanto oye la palabra *dólares* se espabila como por arte de magia...

CAPITULO IV

—Por amor de Dios, Stan: ¡ve más despacio! Mis viejos huesos no soportan este endemoniado ajeteo —suplicó Wilfrid Drake.

Stanley alzó un poco el pie del acelerador del jeep que habían alquilado aquella misma mañana en San Diego, pues al rancho de Merryvale, situado en una zona rocosa y árida no era posible llegar sino en un vehículo todoterreno.

Drake *sénior* tenía motivos para quejarse. La tarde anterior su hijo le había obligado a trasladarse al aeropuerto, donde una hora más tarde ambos tomaban el jet de la TWA que les dejaría a primeras horas de la mañana en el Los Angeles Airport. Drake *sénior* apenas había podido conciliar el sueño a bordo, excitada su imaginación por la posibilidad de hallar en seguida a la hija de Pat Waynes. Sin transición, en cuanto hubieron tomado tierra en Los Angeles, Stanley le condujo al automóvil de alquiler que les aguardaba. Tras de informarse sobre la mejor forma para llegar al rancho del viejo Merryvale, habían emprendido el viaje en el jeep sin permitirse el menor respiro.

Habían recorrido ya la mayor parte del trayecto, pero ahora el camino se volvía endiablado, ascendiendo continuamente y describiendo constantes curvas sobre un firme lleno de hoyos y alfombrado de guijos de considerable tamaño, por lo cual el jeep rebotaba sin cesar sobre el suelo, «moliendo» concienzudamente el viejo esqueleto del mayor de los Drake.

Por el contrario, Stanley parecía fresco y descansado. Su aspecto era el de una persona que goza plenamente de un excitante viaje a través de la martirizada y difícil geografía de los márgenes del desierto.

Coronada una de las innumerables colinas pedregosas, Stanley vislumbró la caravana de vehículos que se alejaba en lontananza.

Estaba formada por un camión con toldo y cuatro viejos automóviles que dejaban en pos de sí una densa polvareda rojiza. Aquellos vehículos se alejaban hacia el norte, pero el camino cuyo trazado Gibson le había dibujado en un burdo croquis, avanzaba en sentido contrario.

La caravana se perdió de vista y Stanley siguió conduciendo hacia el sur. El firmamento aparecía tormentoso y la temperatura era muy elevada a las once de la mañana. En el asiento de la derecha, Wilfrid Drake rezongaba entre dientes, añorando probablemente las comodidades de su lujoso despacho de Boston.

Serían las once y media, cuando avistaron la alargada construcción en lontananza. El Merryvale Ranch se erigía en el centro de una meseta amarillenta y caliginosa, poblada únicamente de gigantescos saguaros (cactus) y algunos matorrales espinosos.

—¡Dios santo! —exclamó míster Drake, enjugándose el sudor del cuello con un pañuelo evidentemente sucio y empapado—, ¿Es posible que en ese lugar vivan otros seres que no sean lagartos y serpientes de cascabel?

Pero su hijo lanzó al aire una alegre carcajada.

—¡Anímate, papá! —exclamó—. Estamos a un paso de Melody Christie. Pronto habrán terminado nuestras preocupaciones.

El jeep remontó zumbando una viva pendiente y alcanzó la meseta dando descomunales saltos que obligaron a lanzar gemidos quejumbrosos al notario. Tras una corta carrera, el vehículo se detuvo al fin ante el edificio del rancho.

—¿Rancho? —exclamó despectivamente el notario Drake, dirigiendo una mirada al mísero galpón de destartaladas maderas y techo de arrugadas planchas de zinc.

Realmente, la construcción ofrecía un aspecto miserable. Las viejas maderas crujían secamente ante los tórridos rayos del sol. Más allá se divisaban los restos de lo que había sido una gran empalizada para el ganado, pero en las actuales circunstancias los ojos de los Drake no pudieron hallar otra cosa que una nube de zumbadores tábanos volando sobre un gran montón de estiércol. El tendido telefónico era la única señal de vida.

A la entrada, muy cerca del porche, vieron una vieja camioneta. Stanley le echó una ojeada. Unas llaves colgaban del salpicadero, lo que evidenciaba que aquel artificio aún funcionaba a pesar de su deprimente aspecto.

Míster Drake estaba sacudiéndose el polvo de su chaqueta, cuando Stanley ascendió los tres peldaños del porche y empujó la puerta.

En la gran habitación-cocina, el suelo estaba lleno a rebosar de basura. Botellas vacías, papelotes, bolsas de plástico arrugadas, cáscaras de naranja, latas de conservas, arrugados paquetes de cigarrillos, colillas por doquier y un montón de platos y vasos de plástico, desechables.

—¿Hay alguien ahí dentro? —preguntó por precaución.

Le respondió un sonoro y alargado ronquido, seguido del sonido de una tremenda ventosidad.

Guiándose por los ronquidos, Stanley atravesó un pasillo y penetró en una habitación oscura y maloliente. El ambiente, saturado de sudor y un hedor agrio —alcohólico, dedujo Stanley— le obligó a arrugar el ceño por segunda vez.

Como las tinieblas eran densas, el joven abogado encendió su mechero para orientarse. Vio un bulto inmóvil sobre un camastro y una ventana velada por una cortina que no era otra cosa que un pedazo de saco para piensos.

A la luz del mechero, cruzó la habitación, descorrió la cortina y abrió de par en par la ventana. El hombre que roncaba sobre su yacija, se removió, expelió un sonoro eructo, se dio media vuelta y... siguió roncando.

Disgustado, Drake echó una ojeada a la miserable estancia. Aparte del camastro, sólo había un armario desvencijado, una mesita tosca y un rifle flamante colgado de un clavo. Un cajón de cartón contenía ocho botellas de whisky, llenas. Los cascós de otras cuatro estaban tiradas de cualquier manera en el suelo.

Al borde de la paciencia, Stanley se indicó sobre el lecho y zarandéo al hombre que dormía tranquilamente. Era muy viejo, casi calvo, barbudo y grasiento.

El hombre rezongó algo entre dientes, se movió, se frotó los ojos y se incorporó.

—¿Merryvale? —inquirió Stanley, impaciente.

—¿Quién diablos es usted? ¿Por qué me despierta? —gruñó el viejo.

—Soy Stanley Drake. ¿Es que no recuerda nuestra conversación de ayer tarde?

Aquellas palabras bastaron para que el viejo se incorporara vivamente, completamente despejado.

—¡Ah, míster Drake! ¿Ha traído los cien dólares que me prometió?

—Calma. ¿Dónde está la chica? —quiso saber Stanley.

Merryvale elevó ambos brazos con expresión desolada.

—¿La chica? ¿Anna Sheldon? Pues bien, querido señor Drake; tengo que darle una mala noticia. La chica y todos los demás muchachos se han marchado —exclamó.

Stanley palideció.

—Pero ¿cómo? ¡No es posible! Usted aseguró que...

—¡Lo sé, lo sé! Creí que continuarían aquí durante largo tiempo aún. Pero esta mañana recogieron sus cosas y se marcharon, después de pagarme lo que me debían. Compréndalo, señor —exclamó, mostrando dos únicos dientes negruzcos en sus desdentadas fauces—, yo no podía retenerlos aquí contra su voluntad.

Se inclinó, sacó una botella de la caja y la descorchó con increíble habilidad. Bebió un largo trago, dejó que el licor se derramase sobre su prominente mentón barbudo y ofreció la botella a Stanley con un ademán generoso.

—Beba. Se le pasará el malhumor.

Pero Drake rehusó el licor con un gesto violento.

—¿Adónde han ido? —interrogó al viejo, al borde de la cólera.

Merryvale se encogió filosóficamente de hombros.

—¿Quién lo sabe? Esos chicos hacen lo que les viene en gana. Usted no los conoce, señor Drake. Son gente libre, sin ataduras de

ningún género. Viven su vida, ¿comprende? Hoy están aquí y mañana allá. Se divierten, ¿sabe? Y cuando empiezan a aburrirse, recogen sus cosas y se marchan. Dios sabe hacia dónde. Son gente errante, que se mueve según su capricho.

Stanley dio un agitado paseo a lo largo de la habitación. Luego se detuvo bruscamente y escrutó a Merryvale con expresión inquisitiva.

—¿Cuándo se marcharon? —inquirió.

—¡Oh, muy temprano! —exclamó el viejo, rascándose aparatosamente ambos sobacos—. Se largaron antes de salir el sol.

—¿Y no sabe hacia dónde van? —insistió Drake.

—Ya se lo he dicho: esos chicos son imprevisibles. Caprichosos, ¿sabe? —se dejó caer sobre el borde del pijo camastro y bebió golosamente de la botella. Esta vez no se molestó en invitar a su visitante.

En aquel momento se oyeron unos pasos y míster Wilfrid Drake apareció en la puerta.

—¡Stanley! ¡Stanley!

—¿Qué pasa?

—He visto unas rodadas que se dirigen hacia el norte. ¡Estoy seguro de que Melody viaja en uno de los vehículos que vimos hace una hora! —exclamó el notario.

—¡Claro! —asintió Stanley, más animado— ¿Cómo no lo pensé antes? ¡Este condenado individuo me ha mentido! Aseguró que los chicos emprendieron viaje muy de mañana. Pero ahora estoy seguro de que...

Merryvale dejó escapar una risita burlona. Exasperado. Stanley Drake se abalanzó sobre él y le puso en pie de un violento tirón.

—¡Me ha mentido, Merryvale, me ha mentido! —bramó—. Probablemente, esos muchachos le sobornaron para que callara.

—Así es —confesó el viejo, cachazudamente—. Hicieron una colecta entre todos y reunieron sesenta y cinco dólares. «Para ti, Al —dijo Ken Stone, apodado el Guapo—, Si alguien preguntara por nosotros, despístate.» Al fin y al cabo, los muchachos me pagaron. Y yo no les he despistado: me he limitado a callar. Usted, señor Drake, me prometió cien dólares, pero yo no he visto aún el color de su dinero.

—Está bien —Drake sacó su cartera y separó un billete, que Merryvale le arrebató con increíble rapidez—. ¿Hacia dónde se dirigen?

—No lo sé.

Stanley enrojó de ira. Dejándose llevar por la cólera, aferró a Merryvale por el cuello y probablemente le hubiera estrangulado

si el respetable míster Drake no hubiera intervenido en defensa del anciano.

—He dicho la verdad: no sé adónde van —insistió Merryvale, cuando las manos de Drake se apartaron de su cuello—. Dijeron que iban hacia el norte y que probablemente se detendrían uno o dos días en El Infierno.

—¿El Infierno?

—Una mina de bórax, abandonada —explicó Merryvale—. Se encuentra al borde del desierto, a unos cuarenta kilómetros de aquí. Es un lugar peligroso, pues el entibado de la mina está podrido, pero ellos están dispuestos a plantar su campamento en las viejas galerías.

—¡Cielo santo! —exclamó el notario, abrumado.

—No se preocupen demasiado —dijo el anciano—. Esos chicos están acostumbrados a arreglárselas por su cuenta. Por otra parte, ni siquiera estoy seguro de que me dijeran la verdad. ¡Quizá citaron la mina El Infierno para despistarles a ustedes!

Los Drake se retiraron a parlamentar.

—¿Qué hacemos? —preguntó Stanley, desorientado.

—Volver a Los Angeles. Ahora mismo —respondió su padre—. Expondremos el caso a la policía y obtendremos su ayuda para encontrar a Melody.

Pero Stanley no estuvo de acuerdo.

—Nos llevaría demasiado tiempo, papá —adujo—. Entretanto, esos chicos tendrían tiempo suficiente para desaparecer. Ya has oído a Merryvale.

—Entonces, ¿qué es lo que propones?

—Seguir sus huellas inmediatamente.

—Estás loco, Stan. No tenemos provisiones y también necesitaríamos gasolina —opuso míster Drake.

—Espera. Hablaré con ese maldito Merryvale. Es posible que él soluciones nuestros problemas.

Y así fue. Merryvale les vendió dos depósitos de gasolina a precio de oro y les proveyó de un barrilito de agua y algunas latas de conservas, todo ello a un precio tan exagerado que Stanley dudó entre pagarle o estrangularle, aunque finalmente optó por entregar al viejo el dinero que éste exigía.

Acababan de cargar las provisiones en el jeep y se disponían a partir, cuando Merryvale apareció en la puerta de su destartado ranchito.

—Tal vez les interesaría conocer otra noticia —dijo, apoyado indolentemente sobre el marco de la puerta y sosteniendo en su mano izquierda la sempiterna botella de whisky.

—¿Qué noticia? —preguntaron los Drake al unísono.

—¿Cuánto? —retrucó a su vez, frotando expresivamente el índice y el pulgar de su mano libre. (Indudablemente, no estaba dispuesto a rendir gratuitamente sus informaciones, por poco importantes que fueran.

—¡Maldita sanguijuela! —gruñó Stanley entre dientes.

Pero se apresuró a sacar cuatro billetes de diez dólares, que Merryvale tomó con exquisita delicadeza de entre sus crispados dedos.

—¡Vamos! —clamó el abogado, impaciente—, ¿Cuál es esa noticia ?

—Quizá les sorprenda saber que anoche llamó otra persona, interesándose por Anna Sheldon —dijo el viejo, con una risita—. Fue mucho después de que usted me llamase, señor Drake.

—¿Quién era esa persona? —inquirió Stanley ávidamente.

—No quiso identificarse, pero era una voz de mujer. Parecía muy interesada en obtener noticias de su sobrina, una tal Melody Christie. Yo no conocía a ninguna muchacha llamada Melody, pero me la describió y comprendí que se trataba de Anna Sheldon. Dijo que vendría a buscarla, y aseguró que esa chica era su sobrina.

Padre e hijo intercambiaron una mirada llena de asombro.

—Creí que Melody no tenía parientes —susurró Stanley a míster Drake.

—Y no los tiene, que yo sepa —respondió éste—. No te preocupes demasiado: debe ser alguien que trata de encontrar a Melody por su cuenta para ganarse los diez mil dólares que ofrecemos.

Míster Drake se rebulló, impaciente, en su asiento.

—Bien, ¿qué esperamos aquí? —preguntó, mirando a su hijo—, ¡Arranquemos a toda prisa!

Y Stanley acató sus deseos al pie de la letra. Es decir, el motor zumbó estrepitosamente, los neumáticos giraron sobre la arena y el vehículo partió dando tumbos en dirección al norte.

Resignado, el notario se llevó una mano a sus doloridos riñones, pero no pronunció una sola palabra de queja.

CAPITULO V

En principio, la persecución de los fugitivos resultaba fácil, pues aunque los cinco vehículos de la caravana habían desaparecido en el horizonte, quedaban las rodadas de los neumáticos sobre la arena.

Siguiéndolas fielmente, Stanley condujo a buena marcha durante media hora.

Rodaban sobre las cimas redondeadas de una sucesión de colinas al margen del desierto, que se extendían dilatadamente a su derecha. El paisaje no podía ser menos atractivo: la vegetación era prácticamente inexistente, excepto algunos altos saguaros y unos ralos matorrales espinosos de apenas treinta centímetros de altura. Las colinas eran amarillentas y áridas y no ofrecían otro signo de vida que la súbita carrera de un lagarto. Arriba, en el firmamento velado por vedijas de neblinas, algunos buitres describían, silenciosos y majestuosos, anchísimas vueltas en círculo.

Stanley Drake conducía absorto en sus pensamientos. Pensaba en Melody Waynes. aquella jovencita de poco más de diecisiete años que parecía rehuir estúpidamente la posesión de una colosal fortuna.

—No acabo de entenderlo —se decía Stanley—, Es evidente, que Melody ha debido recibir las noticias, expandidas por la radio, la prensa y la televisión. De alguna forma, comprendo su fuga del colegio y su ansia de aventuras... Lo que no entiendo es por qué sigue huyendo ahora. Le hubiera bastado con presentarse a nosotros para convertirse en la heredera más codiciada de este país.

Probablemente, Melody no era sino una... ¿cómo se decía? ¡Ah, sí! Una *pasota* como el joven Gibson, una muchacha descocada e indiferente a todo lo que no fuera vivir la vida *a tope*.

¿Cuáles eran sus ideales? ¿Vivir en el seno de una comuna formada por jóvenes peludos y grasientos, holgazanear, entregarse al vicio, a las drogas, a la promiscuidad sexual...?

Estaba pensando en todo ello, cuando vio surgir un pequeño surtidor de arena pocos metros delante del jeep.

Al principio no le dio la menor importancia. Quizá pensó que aquella nubecilla de polvo era consecuencia del impacto de un guijarro despedido por los neumáticos.

Pero un momento después, algo chocó con fuerza contra el capot. Asombrado. Stanley descubrió un agujerito redondeado sobre la plancha metálica...

Y en seguida, el espejo retrovisor exterior saltó pulverizado en

diminutos fragmentos, uno de los cuales le hirió la mejilla izquierda.

—¡Stanley! —gritó míster Drake, despavorido—, ¿Es que no comprendes que nos están acribillando a balazos?

Algo chocó en ese momento contra un neumático delantero. Simultáneamente se oyó un fuerte silbido.

Stanley dobló el volante a la derecha y el vehículo descendió dando tumbos por la ladera.

Al fin, el joven Drake logró controlar el vehículo, que se detuvo al otro lado de las colinas.

Mientras su padre se deshacía en aspavientos, Stanley descendió a tierra y contempló el desastre: la rueda delantera estaba completamente deshinchada.

—Vaya —movió la cabeza, tristemente—. Tendremos que cambiar esta rueda.

Míster Drake le miró escandalizado.

—¿Es todo lo que se te ocurre decir? —clamó el notario—. ¡Dios nos asista!

—¿Qué otra cosa puedo decir? —respondió su hijo, flemático—. Si queremos salir de aquí, tendremos que cambiar la rueda pinchada. Por desgracia, hace tanto tiempo que no lo hago, que ignoro si sabré hacerlo.

Míster Drake se enjugó el cuello con un pañuelo lastimosamente sucio.

—¡Stanley, Stanley! —insistió, abrumado—. ¿No comprendes que esto es un atentado? ¡Han disparado contra nosotros a matar! Sólo la providencia ha evitado que una de esas balas nos alcanzase. ¡Mira ese agujero en el capot! ¡Y el espejo retrovisor destrozado! ¡Y la rueda perforada! ¿No te dice nada todo eso?

Stanley asintió calmoso.

—Sí, que la persona que disparó contra nosotros no tiene muy buena puntería —observó—, O quizá todo lo contrario.

—¿Qué diablos quieres decir? —gruñó el notario, perplejo al escuchar tal jeroglífico.

—¡Tal vez no tiró a matar —respondió, pensativo—. Quizá lo único que se propone es disuadirnos.

—Disuadirnos, ¿de qué? —preguntó míster Drake, que no comprendía una palabra.

—De que sigamos persiguiendo a Melody y a sus amiguitos.

—Pero ¿por qué? ¿Quién puede estar interesado en que no encontremos a Melody?

Stanley se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero ya veremos —repuso—. Por el momento, voy a intentar cambiar esa rueda.

—E inmediatamente daremos media vuelta y regresaremos al primer lugar habitado —resolvió míster Drake.

—Pero ¿por qué? Estamos a un paso de alcanzar a Melody...

—¿No lo entiendes? El tipo que nos disparó puede volver a hacerlo. Incluso suponiendo que ese desconocido sólo pretenda detenernos, puede volver a deshincharnos otra rueda. Y en ese caso estaríamos perdidos. Reflexiona, Stan: nos encontramos al borde del desierto, a más de cincuenta kilómetros de la carretera más próxima. Si volvemos a pinchar, quedaríamos aislados en estas soledades. ¿Cuánto tiempo supones que podríamos sobrevivir con unas pocas provisiones bajo este sol abrasador? —invocó el notario, dirigiendo una temerosa mirada a las alturas, donde los buitres seguían describiendo sus majestuosos planeos.

Stanley no respondió. Se limitó a subir el jeep y dejarlo rodar lentamente por la pendiente hasta que el vehículo se detuvo sobre una superficie plana. Entonces bajó nuevamente, buscó el gato, lo colocó bajo el coche, aflojó los pernos de la rueda pinchada, elevó el jeep y cambió el neumático en pocos minutos.

Dispuesto el coche para la marcha, Stanley subió y condujo hacia el norte, rodando al borde del desierto.

—Pero ¿qué haces? —le aferró su padre por un brazo—. ¡Tienes que ir precisamente en sentido contrario.

—Y entonces volveríamos a ponernos a tiro del individuo que nos baleó —advirtió Stanley con irrefutable lógica—. Reflexiona, papá: ese tipo debía estar apostado en la cima de una de las colinas situadas al oeste, en un lugar dominante desde el que podía dispararnos a placer. Ahora estamos fuera de tiro y la única forma de escapar es dirigirnos hacia el norte, protegidos por esas colinas.

Míster Drake se santiguó apresuradamente.

—De acuerdo: haz lo que se te antoje. Pero estoy seguro de que nuestros cadáveres se resecarán al sol del desierto —gruñó, compungido.

Stanley lanzó al aire una alegre carcajada.

—Nada de eso, papá. Los vehículos que conducen esos chicos sólo son viejas chatarras, de modo que les daremos alcance en una hora. Atraparemos a Melody y saldremos disparados hacia el primer lugar habitado. Te aseguro que Melody no escapará esta vez —dijo.

Míster Drake se recostó sobre el asiento con profundo abatimiento, mientras el jeep traqueteaba vertiginosamente sobre los montículos.

Quince minutos más tarde, Stanley volvía a hallar las rodadas del convoy que se dirigía al norte.

El paisaje fue cambiando paulatinamente. A las bajas colinas sucedieron cerros escarpados, calcáreos, surcados por profundos barrancos carentes de toda vegetación.

Míster Wilfrid Drake se había adormecido en su asiento, tapado el rostro por un pañuelo empapado en agua. Stanley, que le contemplaba de reojo, movió la cabeza conmisericordiosamente.

—¡Pobre papá! —pensó—. Evidentemente está demasiado viejo para estos trotes.

Condujo con más cuidado ahora. La trocha sobre la que rodaba el jeep era muy estrecha, bordeada de profundas barranqueras, serpenteante y dificultosa.

De repente, Stanley frenó en seco.

—¡Papá, papá, despierta! —exclamó.

El notario se rebulló en el asiento y se alzó de un respingó, sobresaltado.

—¿Qué..., qué ocurre?

—¡Allá abajo! —respondió Stanley, señalando con un brazo extendido.

Míster Wilfred Drake parpadeó, deslumbrado por el fuerte sol que de repente brillaba cegadoramente entre las nubes.

En el fondo de una hondonada, se divisaban varios vehículos: un viejo camión con toldo y otros cinco destartalados vehículos, pintarrajeados a brochazos rabiosos.

—¿Son ellos? —preguntó el notario, esperanzado.

—¿Quiénes, si no? —respondió su hijo.

Y arrancó inmediatamente, cuesta abajo.

No había un alma a la vista. Los vehículos formaban una curva en la explanada de la vieja mina, junto a las montañas de escorias.

El jeep se deslizó lentamente pendiente abajo y se detuvo junto al último de los vehículos estacionados.

Estupefactos, los Drake descendieron del jeep y avanzaron unos pasos.

—Deben estar durmiendo la siesta en la mina —susurró Stanley al oído de su padre—. Tanto mejor. Avanzaremos con cautela, despertaremos a Melody y saldremos pitando. Con esos salvajes muchachos nunca se sabe...

Echaron una ojeada a los automóviles, incluso separaron las lonas del camión para cerciorarse de que los rebeldes fugitivos no se encontraban allí.

—Nada —siseó Stanley—, Han ido a descansar al interior de la mina.

El silencio era absoluto, únicamente interrumpido de cuando en cuando por los lejanos graznidos de las aves carroñeras que planeaban en círculos, allá en las alturas.

—Vamos allá —propuso Stanley, tomando a su padre por un brazo. Y ambos se dirigieron hacia la oscura bocamina.

Un fresco soplo de aire refrescó sus rostros cuando penetraron en la oscura galería.

—¿Dónde diablos estarán? —susurró el notario, apretando trémulamente el musculoso brazo de Stanley.

—Ssss —siseó su hijo, ordenándole silencio.

Caminaron lentamente al borde de los raíles, atentos a cualquier sonido que pudiera provenir de la oscura galería.

—Quédate aquí, papá —sugirió Stanley, musitándole al oído—. En las minas puede haber pozos y podrías despeñarte en uno de ellos. Yo echaré una ojeada ahí dentro... ¿Tienes tu mechero?

—¡No, maldita sea! ¿A quién se le ocurre fumar en un momento como éste?

Stanley rió sordamente.

—No necesito el mechero para fumar, papá, sino para alumbrarme. Yo he olvidado el mío en el jeep. Pero no importa: avanzaré despacio. No te muevas, papá.

—Ten cuidado, hijo. Nosotros nos desenvolvemos bien en la ciudad, pero aquí... —respondió cauteloso míster Drake.

—Ten confianza, sabré arreglármelas —respondió Stanley.

Y se separó de él.

Transcurrieron cinco minutos.

De repente, míster Drake escuchó aquel estridente alarido, seguido de un murmullo inarticulado.

—¡Stan, Stan! —exclamó el notario, alarmado—, ¿Te encuentras bien?

Un lamento ahogado fue la respuesta.

—¡Dios santo! —se lamentó míster Drake, desolado—. Stanley ha debido despeñarse en la oscuridad.

Tembloroso, aguardó en el lugar donde su hijo le había dejado.

Se ajustó las gafas, tratando inútilmente de vislumbrar algo en la espesa oscuridad.

¿No eran risas lo que resonaban allá en el fondo de la galería?

—¡Por amor de Dios, Stan! ¡Este no es el momento más apropiado para bromas! —le increpó, encolerizado.

Avanzó, tanteando el entibado.

Súbitamente, el aire se desplazó a su espalda.

Se volvió velozmente, pero una tela áspera y polvorienta cayó sobre su cabeza, ahogándole.

—¿Qué diabl... bbbbb? —acertó a farfullar.

Porque alguien apretaba la ruda arpillera contra su boca, impidiéndole gritar. Simultáneamente, advirtió que aferraban sus manos a la espalda y le ataban rápidamente, sin la menor delicadeza.

Chillidos estridentes y carcajadas burlonas sonaban por doquier.

Por fin, apartaron las manos de su rostro y pudo respirar, si bien con dificultad, a través del tupido tejido polvoriento.

Iba a sujetarse, iba a exigir una explicación,..., cuando notó que unas manos aflojaban su cinturón y deslizaban sus pantalones hasta los tobillos.

La indignación le ahogó.

¡Estaban desnudándole...!

—¡No pueden... no deben... no tienen derecho a...! —gritó por fin, atragantándose con el polvo que penetraba en su garganta a través de la boca.

De pronto, notó que perdía el equilibrio y caía al suelo. Pero no llegó a lastimarse porque unas manos fuertes aminoraron el impacto contra el suelo.

—¡Stanley...! —gimió el infeliz míster Drake—, ¡Stanley, me están...! Un balbuceo inarticulado fue la respuesta.

Impotente, el notario de Boston advirtió cómo unas hábiles manos le despojaban de los zapatos, los calcetines e incluso los pantalones.

Y entonces, sabiéndose desnudo y desvalido, optó por callar.

Luego se oyó el rumor de unos pasos acelerados, alejándose.

Las burlonas carcajadas y los chillidos hirientes resonaron con fuerza bajo la bóveda de la galería. Las vigas del entibado crujieron siniestramente y una tolvanera de polvo cayó sobre las piernas desnudas del honorable míster Wilfrid Drake, que se encogió temeroso sobre sí mismo.

Después, todo ruido cesó y volvió el silencio. Míster Drake jadeaba tenuemente.

CAPITULO VI

Algo húmedo y ardiente rozó su pantorrilla.

Sin poder contenerse, míster Drake exhaló un alarido de espanto.

—Calla, papá —susurró Stanley—. O la montaña entera se desplomará sobre nosotros.

—¡Stanley! ¿Eres tú? ¡Algún horrible reptil acaba de deslizarse entre mis piernas! —clamó el notario, espantado, i —No es ningún reptil: es mi pie. Tanteaba en la oscuridad para saber dónde estabas —le tranquilizó su hijo.

Miste Drake dejó escapar un suspiro de alivio.

—Es verdad, ¡qué estúpido soy! Los reptiles tienen sangre fría. En cambio, tus pies están al rojo vivo —dijo. E inquirió—: ¿Dónde estás, hijo?

—Aquí, a un paso. Y, por lo que más quieras, no te muevas. Los chillidos y las risas de esa gente han hecho vibrar el entibado peligrosamente. He oído el rumor de un derrumbamiento, al fondo de la galería. Es preciso tomar precauciones o moriremos aquí mismo, sepultados bajo toneladas y toneladas de escombros.

—¡Dios me asista! ¿En qué clase de horrible embrollo nos hemos metido, Stan? ¿Puedes explicarme lo que ha ocurrido? Yo no puedo moverme. Me han atado los brazos a las espaldas, me han amordazado con una tela hedionda...

—A mí me ocurre lo mismo, papá. Pero no es una mordaza, sino un saco. La verdad es que nos hemos comportado como unos primos...

—¿A qué te refieres?

—¿No lo comprendes? Melody y su pandilla debieron vernos y decidieron tendernos una emboscada. Se han burlado de nosotros... Toda la culpa es mía —se lamentó el joven Drake.

—Pero ¿cómo lo hicieron?

—Estaban aquí, escondidos en el fondo de la galería, papá. Ellos podían vernos a contraluz, pero nosotros estábamos deslumbrados por la fuerte luz del sol. Les bastó esperar a que penetráramos aquí y cayeron sobre nosotros en el momento oportuno. Lo más lamentable es que ni siquiera tuvieron que golpearnos: les bastó endosarnos en la cabeza estos viejos y sucios sacos...

—He oído un rumor de motores, Stan. ¿Crees que van a dejarnos abandonados aquí? —susurró el notario.

—Eso me temo —respondió Stanley, desesperadamente—, Y lo peor es que...

—¿Qué? —articuló su padre con un hilo de voz.

—Que nos han dejado en calzoncillos —contestó Stanley—. Desnudos, descalzos y humillados.

Callaron.

Todo estaba en silencio, aunque de cuando en cuando las viejas vigas restallaban secamente y dejaban escapar cascotes y polvo de la bóveda.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? Nuestra situación es desesperada, Stan...

—Y absurda, papá, ¡imaginar que nos encontramos en peligro en nuestro afán de entregar sus millones a una jovencita descarriada...!

—Es nuestro deber. Por otra parte, no creo que Melody sea responsable de esta burla despiadada.

—¿Ah, no?

—Eso es lo que pienso. Melody no nos conoce. Probablemente, esos chicos imaginaron que éramos policías.

—¿Tú crees? De todas formas, no cabe duda de que poseen instintos criminales. Dejarnos aquí, atados y amordazados, es propio de seres sin conciencia.

Calló. No tenía ganas de hablar.

Pero era consciente de que ambos estaban atrapados en una trampa mortal. La mina El Infierno estaba alejada de todas las rutas, justamente en el lugar al que nadie se acercaría casualmente.

Había probado a aflojar las cuerdas que unían dolorosamente sus muñecas, pero era inútil: lo único que consiguió fue lacerar su piel, hacer brotar la sangre.

Para mayor dificultad, los gamberros de la pandilla de Melody Waynes les habían cubierto con aquel saco, que también ataron a sus cinturas.

Ni siquiera podían ver. pues el maloliente saco se lo impedía. Únicamente podían intentar una cosa: reptar hacia la salida, impulsándose con las piernas, que estaban libres.

—Papá, tenemos que intentarlo —se decidió Stanley—, Hay que salir de aquí antes de que un posible derrumbamiento nos atrape. No podemos hacernos muchas ilusiones, pues aunque logremos escapar de la mina, es posible que sucumbamos si no logramos liberarnos. De todas formas, prefiero intentarlo todo antes que rendirnos a lo peor.

—¡Bien dicho, Stan! —le apoyó míster Drake—. Dime, ¿qué podemos hacer? Por mi parte, he perdido mis gafas y no veo nada.

—Déjame probar —Stanley trató de incorporarse y consiguió mantenerse sobre las rodillas.

Por desgracia, no conseguía ver nada a través del saco que le cubría, por lo que no se atrevió a moverse. Evidentemente, el saco estaba lleno de polvo y grasa y resultaba impenetrable a la mirada.

Agitó bruscamente la cabeza intentando vislumbrar aunque sólo fuera un rayo de luz, pero lo único que consiguió fue golpearse brutalmente el occipucio contra un puntal. Arriba se produjo un crujido sordo y un aluvión de tierra y menudos cascotes cayó sobre él.

Stanley se dejó caer al suelo y rodó lejos de aquel lugar. De bruces, jadeó pesadamente, haciendo un esfuerzo por dominar su desesperada impotencia.

—Es inútil —decidió—. De nada vale arrastrarse en un sentido u otro. Algunos de estos puntales deben estar podridos. A ciegas, bastaría empujar uno de ellos para que...

—¿Qué ocurre, Stan? —sonó la apagada voz de míster Drake.

—Nada —mintió su hijo—. Aguardemos. Intentaré soltar mis ligaduras. Pero sabía por anticipado que fracasaría. De todas formas, bregó y bregó con las cuerdas hasta que la sangre brotó, abundante nuevamente y el escozor fue tan intenso que le obligó a morderse los labios de dolor.

Pasó el tiempo.

Stanley comenzaba a dejarse ganar por el abatimiento. Junto a él, su padre susurraba algo ininteligible entre dientes.

De repente, Stanley se alertó.

Acababa de escuchar un rumor familiar... ¡el escape de un automóvil!

—Tal vez esos chicos han decidido que la broma era demasiado pesada y vuelven para liberarnos —pensó.

Escuchó con atención.

En efecto, aunque muy distante, sus oídos percibían el petardeo de un motor. El rumor se fue acercando paulatinamente. Al cabo, se oyó un estridente chirrido y el petardeo cesó.

—¿Has oído, hijo? ¡Yo diría que un vehículo se ha detenido cerca de aquí! —exclamó míster Drake.

—¡Calla, por favor! —le ordenó Stanley.

Se oyó un silbido melodioso. Alguien, en el exterior, silbaba una conocida cancioncilla californiana.

Stanley se animó.

Fuera quien fuese, la persona que acababa de llegar en automóvil estaba muy cerca, probablemente exploraba la bocamina.

Resonaron unos pasos quedos en el interior de la bocamina. El silbido sonaba ahora más cercano, mucho más próximo y audible.

¿Salvados...?

Stanley tenía esa esperanza, pero bruscamente recordó que alguien les había tiroteado cuando se dirigían en el *jeep* a la mina El Infierno. Y si se trataba de la misma, persona, la suerte de los Drake resultaba, cuando menos, dudosa.

En principio, Stanley había decidido gritar con todas sus fuerzas para atraer al desconocido, incluso a riesgo de provocar un derrumbamiento. Sin embargo ahora y al compás de sus sombríos pensamientos, optó por permanecer en silencio.

Los pasos se acercaban.

Y la persona que había penetrado en la galería seguía silbando cadenciosamente aquella pegadiza melodía.

Se produjo un sonido metálico que Stanley reconoció fácilmente: el leve chasquido que produce una bala al penetrar en la recámara de un rifle.

Y luego restalló la hilarante carcajada.

—¡Ustedes! ¡Era de suponer...!

Stanley se agitó, sudoroso.

—¿Merryvale? —inquirió; esperanzado.

—¿Quién, si no? —se burló el viejo borrachín. Y tornó a reír estruendosamente—: Ya veo que les han dejado en cueros, señores...

Stanley se encrespó.

—Déjese de burlas y suéltenos. Este es un lugar muy peligroso: la galería está a punto de hundirse. ¡Podemos morir sepultados! —clamó.

Merryvale respondió cachazudamente:

—¿No fui yo mismo quien se lo advertí? Pero ustedes, las gentes de la ciudad, son unos individuos temerarios... ¿Por qué vinieron aquí?

Stanley no se molestó en contestar a tal pregunta. Por el contrario, encolerizado ya, chilló:

—¿Va a soltarnos o no?

—¿Y por qué habría de hacerlo? Yo no les he metido en este fregado. Por lo demás, ya saben que el viejo Merryvale no trabaja gratis...

—¡Está bien, está bien! Le daré algún dinero, pero suéltenos en seguida. Empiece por mi padre.

Unos minutos después, los Drake estaban liberados.

A la luz que llegaba desde la bocamina, se contemplaron perplejos, desnudos de la cintura para abajo y las facciones grotescas manchadas de polvo negro hasta convertirse en irreconocibles.

Inconteniblemente, Stanley rompió en una carcajada. Pero se

cortó en seco al ver que su padre caminaba hacia la salida con la espalda encorvada y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Avanzó con cuidado, procurando no rozar siquiera los puntales del entibado, y el viejo Merryvale le siguió en seguida, silbando sin cesar su cancioncilla.

Mister Drake se detuvo en la explanada y contempló tristemente el *jeep*, cuyas cuatro ruedas habían sido rajadas concienzudamente.

—¡Canallas! Antes de marcharse, se ocuparon de nuestro coche... ¿Adónde vamos a ir en estas circunstancias? —se preguntó desmayadamente.

Merryvale dejó bruscamente de silbar.

—Bueno, yo puedo brindarles ayuda. Les ofreceré mis servicios... a cambio de una cantidad razonable de dinero —dijo. .

—¡Naturalmente! —barbotó Stanley, al límite de la paciencia.

Sin hacer caso de Merryvale, cruzó la ardiente explanada cojeando y buscó con ansiedad la garrafita del agua. Pero la garrafa, los comestibles y el bidón de gasolina habían desaparecido.

Padre e hijo cambiaron una mirada de impotencia.

—¿Y ahora? —murmuró mister Drake, desganadamente.

—Merryvale nos dará agua para beber. A cambio de unos cuantos dólares, desde luego —respondió Stanley.

Y se dirigió hacia el viejo, que aguardaba con un pie apoyado en el estribo de su camioneta.

Merryvale abrió la puerta de su vehículo y le tendió en silencio un cantarito de agua.

—Fueron los chicos, ¿verdad? —preguntó el viejo borrachín.

—¿Quiénes, si no? Aunque si quiere que le diga la verdad, ni siquiera pudimos verlos —respondió.

Y narró en pocas palabras lo que les había ocurrido en el interior de la vieja mina de bórax.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Merryvale, balanceándose pausadamente sobre sus cortas piernas—. Se diría que esos chicos no les tienen mucha simpatía a ustedes.

—¡Son unos delincuentes! —se encolerizó Stanley—. Si usted no hubiera recalado en la mina, mi padre y yo podríamos haber muerto.

—¡Eh, eh, no se embale, amigo! —le interrumpió Merryvale—, Esos muchachos pueden ser haraganes y atolondrados, pero no tienen mal corazón. Los conozco bien.

—Si como usted dice, son unos angelitos, ¿por qué nos atacaron, maniataron y abandonaron a una muerte segura?

El viejo le miró, reflexivo.

—No sé qué pensar, pero no es su modo de actuar —se rascó furiosamente los escasos cabellos bajo el descolorido sombrero—. Quizá les confundieron con otras personas. Debían tener sus razones para hacer lo que hicieron, créame.

Stanley se apartó bruscamente de él y fue a ofrecer el cántaro de agua a su padre. Míster Drake bebió con ansiedad y luego se enjuagó el rostro hasta hacer desaparecer los tiznones de sus mejillas. Stanley hizo otro tanto.

Después se encaró con Merryvale, que aún portaba su flamante Remington bajo el brazo.

—Dénos algo de comer —exigió. Y se apresuró a añadir—: Anótelo en la cuenta. Se lo pagaré todo.

El viejo sacó unas latas de la cabina y los Drake consumieron ávidamente el frugal y tardío almuerzo. Cuando terminaban, Merryvale inquirió:

—Bien. ¿Qué se proponen hacer ahora? Yo puedo alquilarles mi camioneta si desean ir a algún sitio, pero, mirándolo bien, ¿adónde piensan ir descalzos y en calzoncillos? —y dejó escapar una risotada irreprimible.

—No necesitamos los zapatos, vi vamos a viajar en su trasto, pero sí nos harían falta pantalones, aunque sean viejos.

Merryvale se puso en pie.

—Esperen. Veré qué puedo hacer por ustedes —dijo.

Y se alejó hacia la camioneta.

Volvió poco después con un par de pantalones tan viejos y remendados que daba pena verlos. Los mejores eran unos texanos, que Stanley ofreció a su padre. Por su parte, se vistió apresuradamente los otros, unos pantalones a cuadros, tan cortos que apenas le llegaban una cuarta por debajo de las rodillas.

Tras dirigirse a sí mismo una mirada crítica, Stanley Drake tragó saliva.

«Parezco un payaso», pensó.

Pero se abstuvo prudentemente de expresar su pensamiento en voz alta.

Tampoco su padre parecía muy satisfecho con su atavío, pues Stanley le oyó gruñir entre dientes:

—¡A mis años y vistiendo unos raídos pantalones texanos...!

—Está bien, vamos allá —dijo Stanley tomando a Merryvale por un brazo—. Emprendamos el camino cuanto antes.

Pero el viejo se resistió tenazmente.

—¡Un momento, un momento! ¿Adónde quiere ir? —consultó cautelosamente.

—En busca de Melody Waynes —respondió Drake—. Necesitamos entrevistarnos urgentemente con esa jovencita.

—Es curioso —observó Merryvale—. Todo el mundo parece interesado en encontrar a esa muchacha. Por cierto: aún no me han explicado ustedes por qué tienen tanto interés en encontrar a Melody.

Los Drake intercambiaron una mirada.

—Melody es la heredera de una bonita fortuna —confesó Stanley finalmente—. Mi padre es el notario y albacea testamentario del millonario Patrick Waynes, fallecido recientemente. Y Melody es la única heredera, ¿comprende?

Merryvale no veía la televisión ni leía los periódicos, por lo que jamás había oído mencionar a Patrick Waynes y su fabulosa fortuna, pero el hecho de que hubiera una cantidad de dinero de por medio atrajo inmediatamente su interés.

—¡Quién lo hubiera dicho! —exclamó, destellantes los ojillos—. Así que Melody Waynes recibirá una fortuna... Pues lo siento: no puedo acompañarles en su busca.

—Pero ¿por qué? —se encolerizó Stanley Drake.

—¿No lo comprende? Los chicos me pagaron para que despistase a cualquier persona que llegase preguntando por ellos. Si ahora les llevo a ustedes, se enfurecerán. Y créanme: los chicos tienen muy malas pulgas cuando se sienten engañados. Así que no iré.

Porfió y porfió durante un largo cuarto de hora, pero acabó cediendo cuando Stanley le ofreció ingresar en la nómina de la firma Drake y Drake con un sueldo de quinientos dólares diarios. Stanley le extendió un cheque por el salario anticipado de una semana y el viejo Merryvale aceptó servir a los Drake en cuerpo y alma.

Ya se disponían a subir a la camioneta, cuando Wilfrid Drake detuvo a Stanley por un brazo.

—Stan, creo que has cometido una temeridad contratando a ese individuo —susurró.

—¿Por qué? Parece un tipo inofensivo.

—Tú lo has dicho: *parece*. Pero recuerda que Merryvale posee un magnífico rifle de precisión.

—¿Y qué...?

—Que pudo ser él quien disparó contra nosotros esta mañana —respondió Drake *sénior* con voz silente.

Stanley consideró aquella posibilidad durante unos segundos.

Al cabo, respondió:

—Bien, si bajo la apariencia de un hombrecillo inofensivo se oculta un enemigo peligroso, ¿no es mejor que lo tengamos cerca para poder vigilarlo?

Era una respuesta sensata y el mayor de los Drake hubo de

admitirlo así.

—De todas formas, será mejor que no nos descuidemos. Ese tipo no me merece la menor confianza, Stan. Todavía no nos ha explicado por qué nos siguió desde su rancho —observó el notario.

Pero Stanley le tomó por un brazo y le ayudó a subir a la cabina.

Luego la camioneta abandonó la explanada de la mina El Infierno y se alejó petardeando ruidosamente hacia el noreste.

El sol se ocultaba ya tras la línea del horizonte. Poco después se dejaron oír los primeros melancólicos aullidos de los coyotes.

CAPITULO VII

Aquella noche no sonaron los melódicos rasgueos de las guitarras. No se formó el alegre corro alrededor del fuego, ni se encendieron cigarrillos de marihuana.

El pequeño convoy se había detenido al anochecer en un escondido y estrecho desfiladero al borde del desierto.

Ken Stone, apodado El Guapo, había prohibido que se encendiesen fuegos en el campamento.

Como era el jefe natural del grupo de jóvenes de ambos sexos, ninguno se atrevió a desobedecerle. Por lo demás, todos se sentían asustados aquella noche.

¿La causa?

En la furgoneta de Terry García, yacía una muchacha con un balazo en el pecho. Anna Sheldon, asaltada por una fiebre altísima, desvariaba de bruces sobre su colchoneta.

El incidente había tenido lugar en las colinas próximas al rancho Merryvale. Los viejos vehículos rodaban hacia el norte, buscando un nuevo y más discreto campamento, cuando la morena Terry García dio la voz de alarma.

—¡Anna está herida!

Kent Stone, que abría la marcha conduciendo el viejo camión del ejército robado en un cementerio de automóviles de San Jorge, frenó a fondo, bajó de la cabina y corrió hacia la pintarrajeada furgoneta de Terry.

Se oyeron unos estampidos lejanos y súbitamente Ken perdió el tacón de su bota derecha, limpiamente arrancado por un balazo.

Era un fanfarrón, pero todo su valor desapareció en un instante. De un salto se arrojó al suelo y allí permaneció hasta que Mike Karmach comenzó a increparle.

—¡Eres un marica! ¿Es que te vas a quedar ahí hasta que Anna se desangre?

Cuatro jóvenes, más decididos, descendieron sus motos del camión y salieron disparados hacia los cerros próximos, dispuestos a cazar al francotirador. Volvieron media hora después, fatigados y desalentados.

—No hemos encontrado a nadie. El tipo que nos disparó debía tener a mano un vehículo rápido y potente —dijeron.

Entretanto, la chicana Terry García se ocupaba de Anna.

—Anna conducía la furgoneta cuando, de pronto, soltó el volante y cayó hacia atrás, exhalando un gemido.

A Terry le resultó difícil encontrar la herida, pues ésta apenas había sangrado. Elevó el suéter de la muchacha y finalmente halló el diminuto agujero bajo el seno derecho. Al principio, Terry ni

siquiera pensó que se tratase de una herida de bala, pero la palidez del rostro de Anna y sus gemidos de dolor la convencieron de la gravedad del caso.

Hizo cuanto estaba en su mano: buscó el botiquín de urgencia, lavó la herida con agua oxigenada, aplicó mercromina y encima un apósito estéril, que sujetó con un pedazo de esparadrapo.

Pero resultaba patente que Anna Sheldon necesitaba asistencia médica urgente. La bala, que probablemente habría perforado su pulmón derecho, estaba alojada en el pecho. Para extraerla, se hacía imprescindible que Anna fuera sometida a una operación quirúrgica.

Los muchachos pusieron el gollete de una botella de whisky en los labios de Anna y la obligaron a beber. Pero Terry estaba segura de que aquél no era el remedio adecuado.

—Hay que llevarla a un hospital —dijo a Ken Stone.

Pero El Guapo se encogió de hombros.

—Yo no puedo ir. Todos sabéis que la policía me busca —se disculpó.

El convoy prosiguió su camino hacia el norte. A mediodía alcanzaban la mina El Infierno.

Para entonces, Anna se mantenía en una especie de letargo. De vez en cuando, despertaba y gemía débilmente, pero en seguida volvía a dormirse. No se quejaba demasiado, no exigía nada, no daba la lata.

Mientras trasladaban a la herida a la mina. Uno de los muchachos llegó a toda velocidad en su moto y grito:

—¡Viene un jeep!

Un escalofrío de pánico recorrió a todos los muchachos. Por la mente de todos pasó el mismo pensamiento: los dos tipos que venían en el jeep eran los que habían disparado contra la pobre Anna.

—¿Qué vamos a hacer? —gruñó El Guapo, nervioso—. Esos tipos poseen armas de precisión, pero nosotros no tenemos más que unas simples navajas.

—Escondámonos en la mina —propuso Mike—. Penetrarán en la galería, con toda seguridad. Tal vez allí tengamos una oportunidad de desembarazarnos de ellos.

A Anna la transportaron en una carrera hasta el fondo de la galería, a pocos metros del pozo. Dejaron a la chica en el suelo, al cuidado de Terry García, pero tras el violento galope Anna comenzó a gemir.

—¡Hazla callar como sea! —gritó Ken, rabioso—. Lo único que tenemos para defendernos contra esos tipos, es la sorpresa. Y esa estúpida lo echa todo a perder, estaremos perdidos.

Terry escupió en el suelo, con desprecio. Pensaba que todo lo que tenía Ken *el Guapo* era fachada. Había bastado que se presentara el primer peligro para que toda su brabuconería se viniera abajo.

De todas formas, Terry hizo lo que pudo. Mientras los chicos y chicas se apostaban en una galería transversal, ella refrescó con un pañuelo mojado las facciones ardientes de su amiga y susurró a su oído:

—Por favor, Anna; calla ahora.

Terry no llegó a ver a los hombres del *jeep* sino después de que El Guapo y los otros chicos hubieran acogotado a los intrusos. Pero sí pudo escuchar cómo Ken proponía a sus amigos que arrojaran a aquel par de tipos al fondo del profundo pozo de la mina.

Por fortuna, las muchachas del grupo se opusieron a aquella salvaje solución.

—Uno de ellos es un pobre viejo y el otro parece inofensivo. Además, ninguno de ellos va armado —arguyeron.

Cuando hubieron maniatado y amordazado con sucios sacos a los dos desconocidos, los muchachos comenzaron a alborotar y a chillar. Las muchachas ayudaron a Terry para sacar de allí a Anna y en cuanto subieron a los coches, se alejaron, después de que Ken Stone destrozase sistemáticamente los neumáticos del *jeep* en que habían llegado los desconocidos.

Habían viajado todo el día hasta detenerse en aquel recóndito desfiladero al borde del desierto.

Ken los había engañado a todos. Tras de que Terry insistiese una y otra vez en que Anna debía ser ingresada en un hospital, El Guapo se mostró conforme:

—De acuerdo: os guiaré hasta las proximidades de Dos Palacios. Allí hay un ambulatorio, donde se ocuparán de Anna.

Pero en realidad la ruta que habían seguido durante toda la tarde se separaba cada vez más de cualquier lugar habitado.

Y ahora, postrada sobre una sucia colchoneta en el interior de la furgoneta, Anna Sheldon se debatía en una fiebre altísima, perdida la consciencia, palidísimas las facciones.

De cuando en cuando, desvariaba entre dientes:

—¡No, no quiero volver!

Terry se desesperaba, consciente del gravísimo estado de su compañera. Por primera vez, Terry se planteó la verdad fríamente y decidió que había cometido una locura al abandonar su familia y unirse a aquel grupo de irresponsables y alocados jóvenes de ambos sexos.

Mientras llegaba la madrugada. Anna se agitaba febrilmente en

la colchoneta. Terry refrescaba constantemente sus ardientes facciones con un trapo mojado pero sabía que aquel remedio era inútil si quería salvar a su amiga.

Más de una vez, a lo largo de aquella tensa vigilia, se propuso poner su furgoneta en marcha para buscar ayuda en medio de la noche, pero finalmente no se decidió, porque desconocía por completo aquella zona y temía extraviarse.

—Aguardaré hasta el amanecer. Y si entonces Ken se niega a guiarnos a lugar habitado, tendrá motivos para lamentar haber conocido a Terry la chicana —se propuso, rechinando los dientes.

Siguió velando y cuidando a Anna hasta que la fatiga la rindió.

Al amanecer, Terry despertó bruscamente. El primer rayo de un sol rojizo penetraba en el interior del destartelado vehículo.

Se irguió y su pensamiento primero fue para Anna. Temía que su compañera hubiera muerto, pero Anna vivía aún, aunque su respiración era muy débil y su rostro pálido y demacrado anunciaba que su fin estaba próximo.

Anna despertó en ese momento y dirigió a su alrededor una mirada extraviada. Y pronunció unas palabras que pusieron un nudo de angustia en la garganta de Terry.

—¡Mamá, mamá, no me dejes...!

Apresuradamente, buscó una botella de agua y la obligó a beber un poco. Después desmenuzó una aspirina y puso el polvillo en los labios de la joven, que lo tragó con un gesto de repugnancia.

—No temas, querida. Terry se ocupará de ti —susurró a su oído! Y descendió de la furgoneta, dispuesta a enfrentarse con El Guapo.

En su rostro moreno se pintó primero la sorpresa, después la desolación y en seguida la indignación más intensa.

—¡Cobardes, cochinos, maricas, gallinas...!

En el fondo del profundo cañón no quedaba otro vehículo que el suyo.

—¡Cerdos...! —bramó Terry, tremante de furia.

Habían huido todos, la habían dejado abandonada a sus fuerzas, conscientes de que Anna Sheldon moriría si no recibía ayuda urgente.

Desesperada, Terry se dejó caer de rodillas sobre los guijarros y golpeó el suelo con sus puños.

—¡Cobardes, cobardes, cobardes...!

Luego percibió aquel rumor lejano y se incorporó lentamente. Sus facciones se animaron.

«Quizá he estado apostrofando injustamente a mis compañeros —pensó—. ¡Sí, eso es! Probablemente, Ken decidió ir en busca de

un médico.»

Subió a la furgoneta, puso el motor en marcha y abandonó el desfiladero.

Allá en el confín del horizonte, en medio del desierto, distinguió unas nubecillas de polvo amarillento. El vehículo traqueteaba sobre el suelo pedregoso a toda la velocidad que el viejo motor daba de sí.

Minutos después, Terry reconocía la camioneta del viejo Merryvale, que poco más tarde se detuvo a unos metros de distancia.

Del vehículo saltó un individuo moreno, bien parecido, que vestía unos pantalones a cuadros ridículamente cortos.

Aquel hombre parecía muy furioso, a juzgar por sus acaloradas facciones. Forcejeaba con alguien que estaba en el interior de la camioneta y que al, parecer, se resistía a bajar.

Finalmente, Stanley Drake dio un tirón y Ken Stone rodó por el polvo.

Según pudo apreciar Terry *el Guapo* había recibido una soberana paliza. Derribado en el polvo, aún trataba de contener la sangre que brotaba de su nariz.

Mientras bajaban de la cabina de la camioneta mister Drake y el viejo Merryvale, Stanley se inclinó, aferró a Stone por la camisa y le puso en pie de un empujón, obligándole a caminar hacia la furgoneta.

—Vigílele —encargó a Merryvale, que tenía su rifle en las manos.

Y se precipitó al interior de la furgoneta.

No tuvo más que echar una ojeada a la joven que estaba sobre la colchoneta, para reconocerla: era Melody Waynes, la muchacha a la que tanto tiempo llevaban buscando.

Pero en seguida comprendió que la joven se estaba muriendo, devorada por la fiebre.

Durante unos segundos permaneció contemplando aquel juvenil rostro exangüe. Los bellos cabellos dorados formaban una pasta alrededor de la cara y el fino y sucio suéter estaba empapado en sudor maloliente. Los párpados de Melody vibraban ligeramente y, de vez en cuando, su cuerpo era recorrido por violentos escalofríos.

—¡Dios misericordioso! —murmuró Stanley, entre dientes, compadecido—, ¡pobre chiquilla...!

Bajó de un salto y miró fijamente a Ken Stone *el Guapo*.

—Si esa muchacha muere, le romperé la cara a golpes —gruñó sordamente.

—¿Más aún? —respondió Stone, cínico.

Pero Drake no le prestaba atención ya. Hablaba con su padre y con el viejo Merryvale.

—La muchacha está muy grave. Ojalá consigamos salvarla —dijo. Y añadió apresuradamente—: Yo iré en la furgoneta con esta joven —señaló a Terry—, Vosotros, recoged a ese guiñapo y seguidnos en la camioneta.

Merryvale hizo un gesto con el cañón de su rifle y Stone se apresuró a subir a la camioneta.

Un momento después partían. Merryvale conducía la camioneta abriendo camino y la furgoneta seguía detrás.

El sol comenzaba a calentar de firme. Allá en las alturas, las aves carroñeras avizoraban el desierto, en busca de pitanza.

CAPITULO VIII

Durante quince días Melody Waynes permaneció en esa invisible frontera que separa la vida de la muerte.

Tras algunas incidencias, los Drake, Melody, Terry y Merryvale lograron alcanzar la localidad de Dos Palacios. Poco antes, Ken Stone, aprovechando un descuido se había arrojado fuera de la camioneta en marcha. Stanley vio rodar su cuerpo violentamente sobre el asfalto. Las ruedas de la vieja furgoneta que conducía Terry García estuvieron a punto de aplastarlo, pero Terry consiguió evitarlo con un peligroso volantazo a la izquierda.

Ni siquiera sabían sí Stone se había matado. No se detuvieron: lo más urgente era salvar la vida de Melody Waynes.

En Dos Palacios, un joven médico examinó a Melody.

—Su estado es gravísimo. Es preciso operar urgentemente —dijo.

—Opere —ordenó Stanley.

Pero el doctor Brook movió la cabeza negativamente.

—Yo no soy cirujano —se disculpó—. Lo más aconsejable es que la trasladen inmediatamente a Barstow. En el County Hospital trabaja el doctor Mel Straford, un eminente cirujano. Si hay alguien que pueda salvar a esta joven, esa persona es el doctor Straford. Entretanto, voy a inyectarle una dosis masiva de antibióticos para detener la infección.

—¿Qué distancia hay de aquí a Barstow? —preguntó Stanley, impaciente.

—Unos ciento sesenta kilómetros. Pero no creo que esta joven soporte el viaje, si la trasladan por carretera.

—¿Existe otro medio?

—Bueno, Ben Harper tiene una avioneta. Pero Harper es un maniático. Si le pillan de buenas, tal vez...

Stanley Drake apretó las mandíbulas.

—No tendrá más remedio que realizar ese servicio. Ya lo verá —murmuró, decidido. Harper era un individuo de dos metros de estatura, cabellos grisáceos, facciones hoscas, anchísimos hombros y brazos musculosos: un verdadero titán.

Cuando Stanley se entrevistó con él, Harper estaba almorzando en la cafetería próxima a su serrería.

Stanley se presentó brevemente y explicó la situación. El gigante siguió masticando con indiferencia un enorme bistec y respondió:

—Yo no hago esa clase de servicios, amigo. Y menos después de almorzar. Busque por ahí...

Drake se inflamó. Apoyó una mano en el descomunal brazo de

Harper y pronunció tremante:

—Escuche, Ben. Usted me lleva veinte centímetros de estatura y cincuenta kilos de peso. Sé que puede destrozarme a golpes, pero le aseguro que si se niega a llevarnos a Barstow me lanzaré sobre usted y le arrancaré los ojos. Aunque después me despedace.

Harper le miró de arriba abajo durante veinte largos segundos. Finalmente, separó su plato de un manotazo y golpeó rudamente la espalda de Stanley Drake.

—Vamos allá, muchacho. Un tipo que está dispuesto a jugarse el físico contra Ben Harper, tiene derecho a un pequeño sacrificio por mi parte. Les llevaré.

Una hora más tarde, Melody estaba en el quirófano del County Hospital de Barstow.

El doctor Straford habló con fría claridad:

—Es una operación a vida o muerte. Esta joven está muy débil y dudó que resista la operación. Si la hubieran traído antes...

Pero no era hora de lamentarse, sino de actuar.

—Opere cuanto antes, maldita sea —decidió Stanley—. Y no repare en gastos. Pagaremos la cantidad que usted indique.

Durante la intervención quirúrgica, fue preciso practicar dos transfusiones a Melody Waynes.

—¿Cuál es su grupo sanguíneo, señor Drake? —preguntó el doctor a Stanley.

—Cero positivo. Pero ¿por qué?

—Tiéndase en esa mesa. Utilizaremos su sangre para la transfusión —respondió el médico.

Tras extraer la bala de su pecho, las constantes vitales de Melody Waynes seguían siendo mínimas.

—Llévenla a Los Angeles —aconsejó el doctor Straford—. La situación de esta mujer sigue siendo crítica. En Los Angeles disponen de todos los medios necesarios para reanimarla.

Los Drake se apresuraron a fletar un avión. A las cinco de la tarde, Melody Waynes ingresaba en la Merryman Clinic. Fue alojada inmediatamente en la unidad de vigilancia intensiva, pero la opinión de los médicos no era muy alentadora.

—Padece una gravísima infección y el corazón ha resultado afectado. No podemos dar seguridad de que supere la crisis.

—Sálvenla. Al precio que sea —encareció Stanley.

Cuando volvió a la sala de espera, una enfermera le informó de que su padre había sufrido un desvanecimiento. Estaban tratando de reanimarle en la unidad de recuperación.

Era de esperar. El veterano notario había soportado demasiadas fatigas e incomodidades durante largas horas. En realidad, ambos —padre e hijo— llevaban más de veinticuatro horas sin probar

bocado. Por otra parte, el sol del desierto, el temor y el turbión de emociones sufrido a lo largo de las últimas horas suponían un grave quebranto para un hombre que, como mister Drake, hacía tiempo que había cumplido los sesenta años.

Cuando llegaron a la habitación que ocupaba su padre, éste había recobrado el conocimiento y le sonrió débilmente.

—Nada importante —le informó el médico que le había atendido—. Un simple estado de debilidad. Se recuperará en seguida, pero le convendría permanecer hospitalizado unos cuantos días.

Stanley estuvo de acuerdo. En realidad, también a él le hubiera gustado reposar en una buena cama durante cuarenta y ocho horas seguidas, pues se sentía derrengado.

Sin embargo, no se permitiría el menor descanso hasta que Melody estuviera fuera de peligro.

Seguro de que su padre estaba perfectamente atendido, Stanley abandonó el hospital por poco tiempo y se alojó en un hotel próximo.

«Pobre muchacha —pensó, mientras cenaba sin apetito—. ¡Tenía un aspecto tan desvalido cuando la encontré en la furgoneta...! Se diría que apenas tenía ganas de vivir... Y, sin embargo, tiene al alcance de la mano una impresionante fortuna. ¿Por qué la tristeza y la desgana que vi en sus ojos? Está claro que nadie se ha ocupado verdaderamente de ella. Patrick Waynes se desentendió del asunto por estúpidos respetos humanos y su madre sólo vio en ella un argumento para exprimir el bolsillo de Waynes. De esta forma puede explicarse todo.»

Era muy linda. Delgada, esbelta, juvenil... Bien vestida, cuidada, razonablemente alimentada, Melody se convertiría en una preciosa y elegante muchacha.

—Yo me ocuparé de todo —se propuso Stanley.

Hasta entonces, no se había preocupado de otra cosa que de conseguir por sí mismo una posición social y económica sobresaliente. Ganar dinero se había convertido para él en el principal deporte.

Su vida sentimental estaba sorprendentemente vacía. Ciertamente que había mantenido dos o tres relaciones amorosas, pero habían sido tan fugaces y poco profundas, que no habían dejado la menor huella en él.

—Debe haber algo más que planear negocios seguros y fructíferos, asistir a aburridos cócteles y gastar munición persiguiendo venados en la sierra —se había planteado alguna vez.

Pero la vida se había desarrollado tan fácil y placenteramente

para él, que jamás se había propuesto firmemente hallar los cauces que le permitieran gozar de una existencia más intensa y plena.

Todo fácil, sin contratiempos ni riesgos innecesarios. Así había sido su vida hasta entonces.

A las once de la noche, volvió al hospital.

Su padre descansaba sosegadamente, pero el estado de Melody Waynes seguía siendo de extrema gravedad. Por supuesto, no pudo verla: Melody estaba en el pulmón de oxígeno, vigilada constantemente por médicos y enfermeras.

—Váyase a descansar —le recomendó el médico de guardia—. Como comprenderá, el hecho de que usted se mantenga en vigilia, de nada le servirá a la señorita Waynes.

Era cierto, pero Stanley permaneció en la salita de espera hasta que allá hacia las cuatro de la madrugada, comenzó a cabecear aparatosamente y decidió volver al hotel.

—Por favor, no duden en llamarme si se produce alguna novedad —rogó al médico de guardia.

Y cuando estuvo seguro de que le avisarían, se marchó.

Cayó dormido como un tronco sobre su cama del hotel, sin tiempo siquiera para desnudarse por completo.

Cuando despertó eran las doce del mediodía. Con un extraño sentimiento de culpa, se puso bajo la ducha, se vistió y, sin desayunar, volvió a la clínica Merryman.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Ninguna —le respondieron—. El estado de la señorita Waynes sigue siendo grave, por desgracia.

Así transcurrieron quince días de tensa espera.

Wilfrid Drake se recuperó por completo y fue a residir al hotel, con su hijo. De todas formas, los Drake pasaban más tiempo en la clínica Merryman que en ningún otro sitio.

Stanley conversaba constantemente con los médicos especialistas, oía sus opiniones y les impulsaba desesperadamente a intentarlo todo para salvar a Melody.

La respuesta era invariable.

—Estamos haciendo todo lo humanamente posible, míster Drake. Por desgracia, la situación sigue siendo estacionaria en el caso de la señorita Waynes. Pero tenemos un dato alentador: ha logrado sobrevivir hasta ahora. Quizá...

Melody permanecía inmersa en una especie de coma traumático. Fugazmente volvía en sí, pero poco tiempo después volvía a la inconsciencia, al sueño artificial provocado por las drogas sedantes y los medicamentos que luchaban contra la infección.

Luego, una noche, Melody despertó, bostezó, miró a la enfermera y dijo:

—Tengo hambre.

A partir de ahí se inició una rápida mejoría que relajó los ánimos de los Drake.

Dos días más tarde fueron autorizados para visitar a Melody.

Fue una larga conversación la que abordó míster Wilfrid Drake. Después de presentarse y presentar a su hijo, explicó a Melody el motivo que les había impulsado a buscarla a través de medio mundo.

—La voluntad de Patrick Waynes, antes de morir, fue nombrarla a usted su heredera universal, Melody. Ha sido un largo camino hasta llegar a este momento, aunque por fortuna está ya fuera de peligro y pronto podremos proceder a las formalidades protocolarias legales para convertirla en multimillonaria. Naturalmente, querida Melody, y puesto que aún es usted menor de edad, no podrá disponer libremente de su fortuna hasta dentro de algún tiempo. Durante este tiempo, yo seré su tutor, siguiendo los deseos de su padre. Sin embargo, eso no es obstáculo para que usted pueda disponer a partir de ahora de todo lo necesario. Puede pedir lo que sea y lo tendrá al punto —explicó el notario.

Melody les había estado observando alternativamente mientras el mayor de los Drake hablaba.

A través de los médicos y enfermeras, tenía una idea de quiénes eran aquellos dos caballeros. Sabía que los Drake — particularmente Stanley— habían estado pendientes del curso de su enfermedad y que, prácticamente, habían pasado la mayor parte del tiempo en la clínica, ansiosos por recibir una novedad alentadora.

Incluso sabía que la sangre recibida en transfusión de Stanley Drake, allá en Barstow, había sido decisiva para salvar su vida.

Sin embargo, en sus juveniles facciones no se reflejó simpatía hacia sus dos visitantes.

Y al fin, habló:

—Es una lástima que se hayan tomado tantas molestias por mí —dijo.

Los Drake cambiaron una mirada de asombro.

—No entiendo... ¿A qué se refiere, señorita Waynes? —preguntó Stanley, muy desorientado.

Melody inspiró con suavidad y cruzó ambas manos sobre su regazo.

—A que todos sus esfuerzos han sido inútiles —pronunció—. Porque, sépanlo de una vez, se han equivocado. Yo no me llamo

Melody Waynes, como ustedes pretenden, sino Anna Sheldon.

Los Drake sonrieron al unísono.

—Ah, bien, bien... Conocemos esa historia, querida Melody. Y comprendemos sus razones para huir de aquel colegio inglés. Tampoco nos resulta difícil entender su actitud de rebeldía, provocada por la soledad, el aislamiento y el desamparo en que vivió durante los años de su infancia y adolescencia —expresó mister Drake—. Sin embargo, en cuanto a su identidad, no tenemos la menor duda. Durante las semanas que usted ha luchado contra la muerte, nosotros hemos realizado las gestiones suficientes para asegurarnos. Incluso se han comparado sus huellas dactilares con las impresas en sus documentos personales. En cuanto a esto, estamos seguros: usted es la verdadera Melody Waynes, hija de Patrick Waynes y Sally Christie.

Melody frunció los labios en un mohín de disgusto.

—Así que creen tenerlo todo bien atado, ¿eh? Pues bien; en ese caso, mi decisión está tomada.

—¿Su decisión?

—A partir de este momento renuncio voluntariamente a la herencia que pudiera corresponderme por el legado de Patrick Waynes. Mi padre pudo hacer muchas cosas por mí mientras vivió. Ahora que está muerto, sólo me queda olvidarle —pronunció amargamente.

CAPITULO IX

—¡Está loca! —exclamó míster Drake, profundamente disgustado, cuando abandonaban el hospital—. Loca de atar... ¡Rechazar una fortuna de más de mil millones de dólares!

Stanley no hizo el menor comentario.

—Naturalmente, espero que recapacite —siguió refunfuñando el notario—. Tal vez sólo ha sido una broma, una burla propia de los descocados jóvenes de esta generación de irresponsables. Espero que mañana, Melody Waynes haya vuelto de su decisión de renunciar a la herencia, porque en caso contrario...

—En caso contrario, ¿qué? —se interesó su hijo, que caminaba, pensativa, junto a su padre.

—Me vería en la necesidad de hacerla examinar por los psiquiatras —respondió Wilfrid Drake, enojado—. ¡No podemos permitir que se arroje por la borda una fortuna de esa magnitud!

—Papá, papá —le sermoneó Stanley—, creo que es ir demasiado lejos. Ese interés tuyo porque Melody entre en posesión de su herencia a toda costa, ¿no se deberá a tu temor a perder un millón de dólares de recompensa?

Míster Drake se detuvo rígidamente y dirigió a su hijo una mirada relampagueante.

—¿Esa es la opinión que tienes de tu padre, Stan? —el reproche latía en sus palabras—. Desde luego, el dinero me ha permitido muchas pequeñas satisfacciones a lo largo de mi vida, pero ya no me interesa demasiado. Me quedan pocos años de vida e imagino que no tendré tiempo para gastar el dinero que conseguí reunir honradamente, de modo que todo lo que yo pueda ganar de aquí en adelante irá a parar a tus manos cuando yo muera. No, Stan, no es el egoísmo lo que me impulsa a intentarlo todo con tal de que la fortuna de Waynes vaya a parar a su legítima destinataria, Melody Waynes. Y, te lo juro, no lo hago por esa jovencita indiferente y descariñada, sino por su padre. Tú sabes que me unía una gran amistad a Patrick Waynes. Su deseo era reparar el mal que había hecho desentendiéndose de su hija. Ese es mi máximo interés en este asunto —terminó con acento severo.

Stanley le tomó afectuosamente por un brazo.

—Discúlpame: fue una broma estúpida —se excusó—. Sé muy bien quién es mi padre y estoy orgulloso de ti. Sin embargo, no debes impacientarte con esa chica. Es preciso darle tiempo. Reaccionará, estoy seguro.

—No te entiendo, Stan. ¿Qué quieres decir?

—Es evidente que Melody se siente traumatizada... y no me refiero solamente al hecho de que haya estado a punto de morir

como consecuencia del balazo que un desconocido le metió en el pecho —dijo Stanley—. Ponte en su lugar, ¿cuál ha sido su vida hasta ahora? Nació como resultado de una unión ilícita y su padre sólo la reconoció como hija tardíamente. Se crió en la soledad, sin el cariño de un padre y una madre... Su reacción al rechazar la fortuna de Patrick Waynes es, hasta cierto punto, lógica. Cuando más necesitaba el amor y la protección de un padre no la tuvo. Ahora sólo le cabe el recurso de rehusar una fabulosa cantidad de dinero.

Penetraron en el hotel y recibieron las llaves de sus habitaciones. Cuando estuvieron en el ascensor, míster Wilfrid Drake exclamó:

—Tal vez tengas razón, Stan. Y la verdad es que no sé cómo resolver este asunto. Haría falta... una mujer. Una mujer que nos sirviera de intermediaria entre Melody y nosotros. Lamentablemente, no tenemos familiares directos en quienes confiar esta misión. Otra cosa sería si tú... te hubieras casado.

Sonaba a reproche, pero Stanley se hizo el desentendido.

—Encontraremos una solución —dijo, cuando abandonaban el ascensor y se dirigían a la soberbia *suite* que Stanley había reservado para su padre—. Lo importante ahora es que Melody está fuera de peligro. Esperemos a mañana.

Encargaron una cena a base de fiambres, que le fue servida en la *suite*. Una cena algo tardía, pues eran más de las once de la noche.

—Hay algo que me preocupa, respecto a Melody —dijo Stanley,

—¿Qué? —preguntó el notario, entre bocado y bocado.

—Su seguridad. No hago otra cosa que pensar en el ataque que sufrió al pie del desierto. No cabe duda de que la persona que disparó contra ella lo hizo a matar. Era un tirador experto y estuvo a punto de conseguir su objetivo de matarla. ¿Por qué?

—Yo pienso que el tipo que disparó lo hizo contra todo el grupo. Ya sabes cómo son esos chicos: vivían a salto de mata. Quizá roba ron en algún rancho y el dueño les hizo perseguir...

Stanley denegó con la cabeza.

—No, no. El desconocido disparó también contra nosotros, pero no nos alcanzó. Debía manejar un rifle de precisión, pero se limitó a avisarnos, primero, y a inutilizarnos una rueda, después.

—Tú supones que ese desconocido trataba de evitar que nos entrevistáramos con Melody, ¿no es cierto? —planteó míster Drake.

—Exactamente. Quería disponer de tiempo suficiente para alcanzar el grupo de Ken *el Guapo* y eliminar a Melody —puntualizó Stanley.

—Pero eso... ¡es absurdo! ¿Qué ganaría el asesino con ello? —inquirió el notario.

Stanley rió sin ganas.

—Eso es lo que me gustaría saber —respondió—. Por otra parte, está la incógnita de ese pariente de Melody. ¿Recuerdas lo que nos dijo Merryvale? Una mujer llamó por teléfono al rancho y se interesó por la chica. Dijo que Melody era su «sobrina» y que viajaría hasta allá para recogerla. No es difícil imaginar que esa supuesta tía de Melody fue la persona que disparó contra nosotros y contra ella en el borde del desierto. Pero ¿quién puede ser? ¿Una hermana de Sally Christie, quizá?

—No lo creo. Patrick afirmó siempre que su amante era huérfana y carecía de parientes. Todo esto viene a resultar un jeroglífico para mí.

Stanley estuvo de acuerdo.

—Mañana resolveré la cuestión de la seguridad de Melody Waynes. Telefonaré a la agencia de Lodford y le pediré que envíe a dos de sus mejores hombres.

—¿Con qué objeto?

—Para que vigilen a Melody día y noche. Tengo una premonición, papá; no me extrañaría que Melody sufriera próximamente un nuevo atentado.

Míster Drake se alteró.

—¡No seas agorero, por favor! —exclamó. Pero añadió, más calmado—: Está bien: telefona a Lodford. Es preferible que Melody esté protegida día y noche.

Poco después se fueron a la cama. Esa noche, Stanley Drake se durmió pensando en Melody Waynes y en el cúmulo de extrañas circunstancias que rodeaba a la chica.

A las diez de la mañana siguiente, ambos acudían de nuevo al hospital. Las noticias eran alentadoras: Melody se recuperaba rápidamente, lo que hacía prever que muy pronto estaría restablecida. Según el especialista que les informó, no había que temer secuelas del postoperatorio.

Después fueron introducidos en la nueva habitación de la enferma que había sido evacuada de la unidad de vigilancia intensiva.

En una increíble mutación, Melody Waynes les recibió con una radiante expresión en sus jóvenes y un tanto delgadas facciones.

—Creo que ayer no fui justa con ustedes —declaró, acompañando sus palabras con una sonrisa encantadora—. Espero que sepan disculparme.

Emocionado. Wilfrid Drake se inclinó sobre el lecho y tomó en las suyas las manos de la jovencita.

—¡No puedes imaginarte cuánto bien nos hacen tus palabras, querida Melody! —exclamó, ferviente—. Puedes estar segura de que te profesamos un sincero afecto y que sólo nos interesa tu bien.

—Gracias —respondió Melody, estereotipada la sonrisa en sus labios

—. Pero siéntense, por favor. No sé cómo expresarles todo mi agradecimiento por las numerosas molestias que se han tomado por mi causa.

Stanley enarcó una ceja.

Apenas podía creer que aquélla fuera la misma mujer —hierática, apática e indiferente— de la noche anterior. Por un momento, la sospecha de que Melody estaba burlándose de ellos pasó fugazmente por su mente, pero alejó rápidamente aquel pensamiento, sintiéndose mezquino al dudar de la sinceridad de la joven.

Melody preguntó a los Drake por sus camaradas de correrías y Stanley aprovechó la ocasión para atacar despiadadamente a Ken Stone, a Mike y a los demás, todos los cuales —dijo— habían escapado cobardemente cuando Melody más los necesitaba.

—Los únicos que se comportaron con un mínimo de decencia fueron Terry y el viejo Merryvale —añadió.

—¿Dónde está Terry ahora? —preguntó Melody con cierta ansiedad.

—Desapareció, al igual que Merryvale, en cuanto supieron que el doctor Straford te estaba operando —la informó míster Drake—. La buscamos. Yo quería compensar de alguna forma la lealtad de Terry para contigo, pero no pudimos hallar ni al viejo ni a la muchacha en todo Barstow. Ya sabes. Melody; al parecer sus relaciones con la policía no son demasiado buenas.

La chica asintió, pensativa.

Míster Drake se frotó las manos, satisfecho.

—En fin, supongo que estás de acuerdo en aceptar la voluntad de tu padre, Melody. Estoy de acuerdo en que cometió algunos errores, pero en su lecho de muerte, Patrick sólo tenía un pensamiento fijo: que nos ocupáramos de ti, protegerte con todos sus medios. Y yo le prometí solemnemente que así sería —expresó, sin poder evitar que sus palabras vibrasen con un trémolo de emoción.

Melody desvió la mirada bruscamente.

—Ya veremos... De momento, ¿podría contar con algún dinero? —preguntó tímidamente.

—Por supuesto —asintió inmediatamente el notario—. Aunque ¿para qué necesitas el dinero aquí?

—Bueno, siempre hay algunos gastos —respondió, eludiendo la mirada—. Propinas a las enfermeras y camareras, cosas así. Y además, ¿por qué no confesarlo? Me apasiona experimentar la sensación de que *verdaderamente* soy una multimillonaria. Imagino que esa sensación sólo podré sentirla si tengo el dinero en mis manos.

Los Drake intercambiaron una mirada de perplejidad. Para

ambos, la petición de Melody resultaba extraña, pero ¿por qué no concederle aquel capricho, si al fin y al cabo, la jovencita era la heredera legítima de una colosal fortuna?

—¿Cuánto dinero necesitarías? —preguntó el notario con cautela.

—Sería mucho pedir unos... tres mil dólares? —indagó Melody.

Para míster Drake era ciertamente una cantidad exagerada para repartir en propinas, pero Stanley le alentó disimuladamente a acceder.

—Muy bien, tendrás ese dinero, Melody. Naturalmente, se trata de una cantidad... ah, respetable y no llevo tanto dinero encima —sacó su billetero y puso sobre la mesilla cinco billetes de cien dólares. Apresuradamente. Stanley hizo otro tanto y reunió seiscientos dólares, que fueron a unirse con los que su padre había depositado—. Iré al banco en cuanto salgamos de aquí —añadió míster Drake— y cuando volvamos a la tarde tendrás el resto del dinero. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Melody.

Escrutó las facciones de ambos Drake y preguntó:

—¿Debo... debo extenderles un recibo?

—¡Oh, no. no: ni mucho menos! —respondió calurosamente Wilfrid Drake— Nos fiamos de ti... En cuanto al protocolo testamentario, creo que lo más acertado es esperar hasta que te den de alta en este centro hospitalario. Una vez estés recuperada, nos trasladaremos a Boston y procederemos a la transmisión legal. Naturalmente, ah, necesitarás alguna ropa nueva...

Se volvió hacia su hijo y dijo:

—¿Podrías encargarte tú de ello, Stanley?

El más joven de los Drake palideció. ¿Comprar ropa femenina? ¡En su vida se había visto en semejante atolladero...!

Advinando su embarazo, Melody dijo:

—No se preocupe, Stanley. Le entregaré una nota en la que detallaré la ropa que necesito, la talla, etcétera. Así le resultará más fácil.

—Muy bien. Haré cuanto pueda —aseguró Stanley.
Y se despidieron hasta la tarde.

La segunda entrevista de aquel día resultó muy amena para los Drake. Cuando tuvo el dinero que el notario le entregó, Melody se mostró muy amable, extrovertida, incluso encantadora.

A petición de míster Drake, Melody relató vivamente algunos episodios de su azarosa y aventurera existencia a partir de la fuga del colegio inglés. Algunos pasajes de aquel relato divertieron mucho a ambos caballeros, los cuales interrumpieron varias veces la narración con sus carcajadas.

Largo rato más tarde, una enfermera insinuó amablemente que los visitantes debían despedirse ya.

Antes de marcharse, míster Drake estrechó entre las suyas las manos de Melody.

—No podré verte en varias fechas, querida —anunció—. Nuestras oficinas de Boston deben estar atestadas de trabajo y asuntos pendientes de resolución. Así pues, mañana me pondré en camino, pero volveré en cuanto compruebe que todo está en orden allá. Entretanto, Stanley te atenderá en todo lo necesario.

—Gracias, míster Drake. Espero volver a verle muy pronto —respondió Melody.

Y los Drake se marcharon.

Tuvieron que madrugar considerablemente a la mañana siguiente, pues el avión de Wilfrid Drake partía del Los Angeles Airport a las siete de la mañana. Stanley llevó a su padre al aeropuerto y volvió al hotel hacia las ocho, en conserjería le dijeron que habían llamado repetidas veces desde la Merryman Clinic.

Como todavía no había probado bocado, encargó su desayuno en la cafetería y penetró en la cabina telefónica del vestíbulo.

Marcó el número de la clínica con cierta ansiedad. Y escuchó, paralizado por la sorpresa:

—Melody Waynes ha desaparecido, míster Drake. Es decir, suponemos que se ha fugado.

CAPITULO X

No valía despotricar, sino atenerse a los hechos. Acudió inmediatamente a la clínica y el médico de guardia y una enfermera le pusieron al tanto de los acontecimientos.

—Debió ser a partir de las seis de la mañana, pues cinco minutos antes yo había inspeccionado su habitación y la señorita Waynes dormía apaciblemente —informó la enfermera—. Volví a las siete y media para comprobar si estaba despierta y deseaba tomar el desayuno. Al principio, creí que seguía dormida, pero algo anormal en el bulto de la cama me hizo sospechar. Me acerqué y comprobé que me había engañado: el bulto estaba formado por un cojín y otras prendas. Registré el baño, pero fue inútil: Había escapado. Inmediatamente, di la alarma. Buscamos a la señorita Waynes por todas las dependencias del edificio, pero ya era tarde. Había escapado saltando el muro que rodea el jardín de la clínica.

Stanley se mordió los labios.

—¿Han avisado a la policía? —inquirió.

—No. No haríamos algo semejante antes de consultar con ustedes, puesto que se trata de un asunto privado. La policía. ¿por qué? —le respondieron.

Stanley se tragó lo que iba a decir. Poco más tarde, ya en el hotel, mientras masticaba sin ganas una tostada untada en mermelada, se lo planteó a sí mismo:

—¿Debo avisar a la policía?

Decidió que no era conveniente, por varias razones. Pero la más importante era que, probablemente, Melody se disgustaría. Aquella jovencita malcriada era demasiado sensible y poner a la policía tras sus huellas sólo serviría para exacerbar su demostrado mal genio.

Por lo demás, los detectives de la Agencia Lodford llegarían en pocas horas. Eran investigadores experimentados y ellos se encargarían de encontrar a la díscola heredera.

Sin embargo, Stanley Drake no se sentía tranquilo. En el primer momento, pensó llamar telefónicamente a su padre, que estarían en Boston a mediodía, pero finalmente decidió no llamar.

—Sólo serviría para preocuparle —pensó.

Hizo algunas averiguaciones, por su cuenta. Su primera gestión consistió en llamar al rancho Merryvale. El viejo debía estar borracho, porque tardó toda una eternidad en descolgar el teléfono y cuando habló lo hizo con una voz tan pastosa y gutural que apenas era inteligible.

«Casi puedo sentir el hedor a whisky agrio desde aquí»,

reflexionó Stanley, mientras escuchaba a Merryvale.

De todas formas, le hizo prometer que le telefonaría inmediatamente si Melody aparecía por el rancho... previa la promesa de que ese mismo día le enviaría por correo un cheque al portador por cincuenta dólares (¡maldito viejo!)

Tras el desayuno —tardío—, volvió a la clínica Merryman e interrogó discretamente a algunos empleados. Fue el vigilante del aparcamiento exterior el que pudo aportarle algún dato concreto.

—Vi a esa joven atravesar el aparcamiento, pero no imaginé que acababa de fugarse de la clínica —confesó el hombre—. La seguí un momento con la mirada. Al otro lado de la calle, se reunió con un joven, un tipo zanquilargo, delgado, de cabellos rubios despeinados, espalda un tanto encorvada y facciones demacradas.

Stanley supo en seguida quién era el joven que le describía el vigilante.

—¡Ken Stone *el Guapo*! —exclamó, nervioso y preocupado.

—¿El Guapo? —comentó, escéptico, el vigilante.

Pero Drake le puso en la mano un billete de diez dólares y se marchó.

Wilfrid Drake le llamó al hotel a las dos de la tarde.

—Algo inconcebible, hijo —fueron sus excitadas palabras, en cuanto Stanley descolgó el auricular.

—¿Algún problema en el viaje? —se interesó Stanley, atento.

—El viaje ha sido muy cómodo. No se trata de eso. Me refiero a nuestra secretaria, la señorita Martha Gardiner.

—¿Qué ocurre con ella?

—¡Ha desaparecido! No estaba en el despacho, de modo que la llamé a su casa. No había nadie y me respondió un contestador automático. Naturalmente, he dejado una grabación ordenando a la señorita Gardiner que acuda al despacho cuanto antes. Por mucho que me esfuerce, me resulta imposible explicarme su actitud.

—Calma, papá —le recomendó Stanley—, No hay nada extraño en que la señorita Gardiner se haya tomado unos días de vacaciones. Recuerda que llevamos casi un mes lejos de Boston, sin acudir al despacho. Si la señorita Gardiner tiene resuelto su trabajo...

—Precisamente, Stanley. El buzón estaba atestado de correspondencia y hay algunos asuntos por resolver que Martha podía haber gestionado fácilmente. Ello me lleva a sospechar que lleva días sin aparecer por el despacho.

—Algún imprevisto, papá. Todo se resolverá.

—Eso espero —rezongó el notario, disgustado—. Me preocupa

esto, Stanley. La señorita Gardiner jamás me había fallado.

—Está claro que se ha aburrido y ha decidido tomarse unos días de vacaciones por su cuenta. Probablemente, tendrás noticias tuyas en seguida.

—Más vale así. Caso contrario, tendré que... Pero dime, ¿qué tal van las cosas con Melody Waynes? —quiso saber míster Drake.

Stanley estuvo a punto de tragarse la lengua.

—Todo va bien, papá. Melody... incluso ha dado un pequeño paseo esta mañana. Parece evidente que recupera rápidamente sus facultades físicas —respondió Stanley, recordando los tres metros de muro que Melody se había visto obligada a escalar para escapar de la clínica Merryman.

—Magnífico, Stanley. En cuanto a mí, espero que aparezca la condenada señorita Gardiner y podamos resolver en pocas fechas el trabajo pendiente. En cuanto haya terminado, volveré a Los Angeles.

—No es necesario que te apures demasiado, papá. A Melody le vendrán muy bien estos días de convalecencia.

—Está bien. Salúdala de mi parte —pidió el notario.

Y colgó.

Stanley se enjugó con un limpiísimo pañuelo el sudor que empapaba su rostro.

—¿Dónde diablos se habrá metido esa condenada muchachita? —se preguntó.

Y no quiso confesarse a sí mismo que su interés por Melody Waynes iba mucho más allá de la simple preocupación profesional.

Desde el momento en que estuvo seguro de que el tipo con el que Melody se había reunido en la calle era el desagradable Ken *el Guapo*, un sentimiento difícil de explicar —aunque intenso y ardiente—, se apoderó de Stanley.

No se atrevía a pensar que fueran celos.

—Stone es un tipo peligroso, un individuo sin escrúpulos. Hay que encontrar cuanto antes a la chica. ¡Si a ese tipo se le ocurriera tocarla siquiera...!

Tenía un problema de conciencia. Comprendía ahora que su obligación era dar cuenta a la policía de la desaparición de Melody. Por otra parte, por nada del mundo quería atraerse el odio de la joven; todo lo contrario: Stanley hubiera dado cualquier cosa por atraerse sus simpatías.

Las horas, pues, fueron transcurriendo para Stanley Drake con tensa espera.

«Quizá aparezca de un momento a otro —pensaba a veces, esperanzado—. Una simple travesura, propia de su rebelde

temperamento. Ella sabe que yo me alojo en este hotel. Llamará por teléfono, se disculpará y me pedirá que vaya a buscarla. Y yo...»

Sonó el teléfono, en efecto, cuando Stanley Drake iba por el quinto whisky con hielo. Pero no se trataba de Melody, sino de mister Wilfrid Drake.

Martha Gardiner había aparecido por fin.

—Tenías razón. Stan; tuvo que marcharse a Nueva Orleáns hace unos días, cuando la avisaron de que su única hermana estaba agonizando. Su hermana ha muerto y la señorita Gardiner ha vuelto. Está muy desmejorada; flaca, nerviosa y pálida. No me he atrevido a formular las reconvenções que tenía preparadas. Le he dado el pésame.

—Dáselo también de mi parte —dijo Stanley, seca la garganta.

E interrumpió la comunicación después de desear a su padre un feliz descanso.

Paseó con el vaso en la mano a lo largo de la habitación y aguijoneado por la impaciencia. Eran las nueve de la noche y Melody no había dado señales de vida.

A las diez de la noche —y octavo whisky con hielo—, volvió a sonar el teléfono.

—¿Stanley Drake? —pronunció una voz viril.

—Sí, soy yo —respondió con ansiedad mal disimulada.

—Escuche con atención. No pierda una sílaba —le recomendaron.

Y escuchó:

—¡Stanley! Soy yo, Melody Waynes —vibró en el auricular una conocida voz femenina.

—¡Melody! —gritó Drake, tratando de contener su emoción—. Por amor de Dios, ¿puedes explicarme por qué has hecho esto, por qué te has escapado? Dime dónde estás; iré a recogerte inmediatamente.

Sucedió una pausa. Y nuevamente la voz de Melody:

—Ojalá pudiera ser, Stanley. Pero es imposible.

—¿Por qué?

—No estoy en libertad de hacer mi voluntad —un trémolo de angustia vibró en la voz de Melody—. Me han secuestrado. No sé dónde me encuentro, aunque los hombres que me vigilan parecen decididos a todo. ¡Tengo miedo, Stanley!

A Drake se le resecaeron las fauces, a pesar de la considerable cantidad de whisky ingerido.

—Escucha, escucha. Melody. ¿Es Ken Stone uno de ellos? —inquirió.

Se oyó un chasquido. Y la voz masculina que había hablado

antes:

—¡Ya está bien! Sacadla de aquí, no quiero que me moleste mientras hablo con... ¿Está todavía ahí, señor Drake?

—¡Sí, sí! —se apresuró a afirmar Stanley—. Dígame.

—Bien. Supongo que a estas alturas se habrá hecho una idea de lo que ocurre. Somos de la organización clandestina Free California y luchamos contra los expoliadores capitalistas. Necesitamos dinero para subvencionar nuestras actividades y hemos elegido a la señorita Waynes como una de nuestras vacas lecheras.

—¿*Vacas lecheras*? —murmuró Stanley, desconcertado.

—En efecto, a estas jóvenes millonarias sólo hay que ordeñarlas un poco y sueltan chorros de... dólares.

—Eso... ¿quiere decir que exigen una cantidad de dinero a cambio de su rescate? —preguntó Drake, inseguro.

—Es usted muy ágil mentalmente hablando, señor Drake. Necesitamos quinientos mil dólares en billetes usados y pequeños —especificó su interlocutor.

—Pero ¡oiga! Yo no dispongo de esa cantidad. No podría...

—No sea estúpido, señor Drake. Antes de apoderarnos de esta muchachita, tomamos todas las precauciones necesarias para obtener éxito. Sabemos que su padre, Wilfrid Drake, es el albacea testamentario de Patrick Waynes y que, en consecuencia, detenta todos los poderes para administrar la cuantiosa herencia Waynes —le advirtió fríamente su interlocutor. Y añadió—: Mire, amigo, no pensamos perder mucho tiempo con este asunto. Ahora mismo nos encontramos en las instalaciones de una fundición. Si no obtenemos pronto el medio millón de dólares exigido, arrojaremos a esta preciosa muchacha a uno de los crisoles llenos de metal fundido. Le aseguro que no quedarán de ella ni los huesos. Un simple polvillo ceniciento que se mezclará con la escoria, eso es todo.

Stanley, que estaba bañado en sudor, sintió fulminantemente una sensación de hielo sobre su epidermis.

—¡Espere, espere! Quizá... quizá se pueda arreglar. ¿Dijo quinientos mil dólares en billetes pequeños y usados?

—Lo oyó todo muy bien, señor Drake. No se haga el listo ni trate de ganar tiempo —volvió a advertirle su interlocutor.

—Lo siento, sólo trataba de asegurarme de sus exigencias. Pero comprenden que a estas horas me resulta imposible obtener esa cantidad de dinero...

—Nos hemos ocupado de todo, amigo mío. Los bancos abren a las nueve de la mañana. Haga las gestiones necesarias para reunir los quinientos mil dólares y meta el dinero en un par de bolsas

grandes de plástico, de color oscuro, de modo que los billetes no se transparenten...

—¿Y...?

—Vaya en coche al Muelle de los Pescadores hacia las nueve de la noche. ¿Sabe dónde está?

—En la zona sur de la dársena, junto al muelle de embarcaciones deportivas —respondió Drake.

—Muy bien. Espere media hora al borde del dique. A las nueve y media en punto, saque los sacos con el dinero, arrójelos al agua, vuelva al coche y aléjese. Todo lo demás queda de nuestra cuenta.

—Oiga, no me fío. ¿Cómo tendré la seguridad de que me devolverán a Melody?

Le contestó una bronca carcajada.

—La dejaremos libre en cuanto veamos cómo arroja el dinero al agua. Ella saldrá al encuentro de su coche antes de que abandone el puerto —respondió su interlocutor.

Stanley suspiró.

—Está bien. Tendrán el dinero. Pero si no cumplen...

—Cállese; No está en disposición de amenazarnos. Cumpla y nosotros cumpliremos. Esta mocosa no nos importa para nada, sólo el dinero. Ah, y una última advertencia.

—¿Sí? —murmuró Drake, volviendo a exudar copiosamente.

—No hable con nadie de esto, ni siquiera con la policía. Está usted vigilado, incluso en el hotel, y sabríamos en seguida si ha incumplido nuestras advertencias. En ese caso, su preciosa heredera iría a parar al baño de metal del crisol.

—Descuide. No hablaré con nadie, excepto con mi padre. El tiene que autorizar la extracción de esa cantidad de dinero del banco.

—Tanto mejor para usted —le respondieron.

Y la comunicación se cortó bruscamente.

Stanley colgó a su vez y se derrumbó en un sillón. Luego, como un autómatas, se puso en pie, tomó un puñado de cubitos de hielo que puso en su vaso, abrió la botella de whisky y escancié el licor hasta que el líquido rebosó y se derramó parcialmente sobre sus bien planchados pantalones.

—¡Mi padre...! —murmuró con expresiva desolación.

Y se bebió medio vaso de un tirón.

Tras un par de nuevas «consultas» con el señor Long John, Stanley descolgó el teléfono y solicitó una conferencia telefónica con Boston, que le fue concedida en seguida, dado lo avanzado de la hora.

—Buenas noches, papá —dijo, en cuanto escuchó la voz de Wilfrid Drake al otro lado del hilo telefónico—. Me temo..., ¡hip!, que

no pueda darte muy buenas noticias.

—¡Stanley! ¡Has estado bebiendo! —le reprendió míster Drake, alarmado y escandalizado.

—Bueno, sí, un poco —respondió Stanley, modesto—. Pero no me interrumpas ahora. Déjame hablar.

Y habló. Le explicó la fuga de Melody Waynes de la Merryman Clinic, las indagaciones realizadas cerca de la clínica y finalmente las exigencias de los terroristas del grupo Free California.

—Llama inmediatamente a la policía y Cuéntaselo todo. Ellos sabrán lo que tienen que hacer —fue la decisión de míster Drake.

—Ni hablar. No lo haré, papá —respondió Drake.

—Pero ¿por qué?

—Porque yo la amo, papá —susurró Stanley.

Y eructó sonoramente.

—¿Que la amas? ¿A Melody? ¡Pero si apenas has tenido tiempo de conocerla! Además... ¡sólo es una criatura, poco más que una niña!

—¿Una niña? —Stanley sonrió para sí—. Tómallo como quieras, papá, pero yo la quiero y no voy a poner a Melody en peligro de muerte. Ya conoces las amenazas de esas gentes: la arrojarán a un crisol de metal fundido si avisamos a la policía.

Al otro lado de la línea, míster Wilfrid Drake gruñó entre diente un taco tan sonoro que Stanley —que jamás le había oído maldecirse sintió escandalizado.

—Stanley —pronunció luego el notario, con voz tremante—;tu deber no consiste en enamorarte de Melody. Tu obligación se limitaba a protegerla. Y ahora...

—No vale la pena lamentarse ahora —dijo Stanley. Y sorbió desmayadamente un poco de whisky—. Necesito tu autorización para extraer esos quinientos mil dólares del banco.

—No habrá falta tal autorización —bufó míster Drake—. Voy a reservar una plaza para el primer avión con destino a California y mañana estaré ahí. Yo dirigiré la operación.

—Perfectamente, papá.

—¡Mira que írseme a enamorar ahora! —se lamentó para sí el notario—. ¡Y precisamente de mi pupila, de Melody Waynes...!

—¿Decías, papá? —inquirió Stanley, distraído.

—Que te pongas bajo la ducha inmediatamente y te vayas a la cama. Mañana vas a necesitar estar bien despierto para que consigamos sacar a Melody de este atolladero.

—Tomaré la ducha, papá. Pero no podré dormir... pensando en Melody —respondió Stanley con la torpeza bobalicona del enamorado novato.

Se despidieron. Míster Drake con un gruñido malhumorado y

Stanley con un distraído y transferido beso al micro del teléfono.

No pensaba dormir, pero durmió. A pesar de su ansiedad y su preocupación por Melody Waynes, durmió a pierna suelta hasta el amanecer. Acababa de descubrir un eficazísimo y nuevo somnífero llamado Long John.

CAPITULO XI

El automóvil se deslizó silencioso sobre los adoquines del pavimento y se detuvo suavemente al borde del Muelle de los Pescadores.

Stanley había escogido un gran Buick negro, un sedán amplio y confortable, de espaciosos asientos tapizados en un fúnebre terciopelo gris. Precisamente de un color mate y uniforme que servía perfectamente para ocultar a míster Wilfrid Drake, que permanecía boca abajo sobre el piso del vehículo, justamente a los pies del asiento posterior, cubierto por una manta negra y ligera, pero lo suficientemente espesa como para que el infeliz del notario de Boston se sintiera como en una sauna finlandesa.

Stanley le oía rezongar atrás, bajo la manta, de cuando en cuando. Pero ¿qué podía hacer, sino encogerse de hombros? Su padre se había empeñado en participar en aquella peligrosa aventura.

—Si las cosas se ponen mal —había esgrimido—, siempre podré echarte una mano.

Y, por si era poco, se había traído de Boston un enorme pistolón de su colección de armas antiguas, un Colt-Frontier capaz de partir a un hombre por la cintura. Y ni siquiera tenían la garantía de que el arcaico revólver no estallase en pedazos al ser disparado.

Eran las nueve en punto. El Muelle de los Pescadores estaba solitario y silencioso. Un poste luminoso arrojaba un círculo de luz no muy clara sobre el adoquinado. A unos ciento cincuenta metros de distancia, una hilera de preciosos yates se balanceaban amarrados al espigón. No se veía un alma en los alrededores. La noche era clara, más bien cálida, aunque de cuando en cuando soplaba una ligera brisa que acariciaba las sudorosas facciones de Stanley Drake.

—Puedes apartar la manta, papá. Todo está tranquilo —advirtió sin volverse.

Se oyó un leve fru fru detrás, seguido de un resoplido. Míster Drake se había librado de la manta y, vuelto boca arriba, respiraba con gran ansiedad.

—¡Puff, puff! —resopló—. Está atento, Stan. Avísame si ves acercarse a alguien. No tendré más remedio que volver a cubrirme con la manta. ¡Diablos, estoy tan empapado en sudor que incluso mis pies resbalan dentro de los zapatos...!

—Tú lo has querido, papá. Podías haberte ahorrado el baño turco quedándote en el hotel —le reprochó su hijo.

—¿Y dejarte abandonado a tu suerte? ¡Nunca me lo perdonaría!

Lamentablemente, y a pesar de tus treinta años cumplidos, me doy cuenta de que aún eres un joven inmaduro.

—¿Y en qué te basas para rebajar mis méritos? Hasta ahora, he sabido arreglármelas por mi cuenta...

—...lastimosamente, si me permites decirlo. ¡Aún no logro admitir que hayas ido a enamorarte de esa chiquilla! ¡Es..., es... una locura!

—El amor es loco, papá —sonrió Stanley. Y advirtió—: Voy a bajar para estirar las piernas y fumar un cigarrillo. Aún quedan veinticinco minutos para...

—¡No te alejes! —suplicó el notario. Y dominando el temblor de su voz, añadió a modo de explicación—: Podría confundirte con uno de esos bandidos y descerrajarte un tiro.

—Descuida, permaneceré junto al coche. En cuanto a tu pistolón... Será mejor que no lo dispires, por tu seguridad.

Echó una ojeada alrededor y viendo que todo estaba tranquilo, empujó la portezuela y salió del coche. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno sin que sus manos temblaran.

Era curioso. Durante todo el día, a lo largo de la tensa espera que habían compartido padre e hijo con la esperanza de que se produjera una nueva llamada de los secuestradores —hecho que no llegó a producirse—, Stanley se había sentido particularmente nervioso e inseguro.

Aunque no era un hombre fácilmente impresionable, había tenido mucho tiempo para pensar en todo lo relacionado con la fuga y el secuestro de Melody por los hombres de la organización California Libre. Había tratado de imaginarse la catadura de aquellos individuos. Probablemente se trataba de gente endurecida: ex presidiarios y activistas de izquierda, personajes dispuestos a todo, en definitiva.

¿Se conformarían con recoger el dinero sin presentarse ante Stanley o tal vez decidiesen secuestrarlo también? A fin de cuentas, los

Drake eran personajes acomodados, aunque no millonarios, y su padre no dudaría en pagar a los terroristas con tal de salvarle.

Durante muchas horas dio muchas vueltas en su cabeza a la posibilidad de que él mismo pasara a ser un nuevo rehén del grupo Free California. Con lo que no consiguió más que dos cosas: excitar su ánimo y predisponer a su padre para que tomase parte en la aventura.

Los minutos iban transcurriendo lentamente. A las nueve y cuarto, Stanley terminó su cigarrillo y encendió otro.

Ahora se sentía absolutamente tranquilo. Sus manos no temblaban y su respiración era regular y sosegada. Y sin embargo,

durante todo el día había permanecido en una tensión de nervios irresistible, insoportable. ¿A qué se debía este cambio en su estado de ánimo?

—Sencillamente, sé que de mí depende la suerte de Melody. Es preciso conservar la calma y obrar con sangre fría. Y eso es lo que estoy haciendo —se respondió a sí mismo.

Las nueve y veinticinco.

Stanley arrojó el cigarrillo al suelo, lo aplastó cuidadosamente con la suela de su zapato y volvió despacio al coche.

—Se acerca el momento —susurró sin volver la cabeza—, Hasta ahora, no ha aparecido nadie. Será mejor que vuelvas a cubrirte con esa manta. Es muy efectiva: desde fuera, nadie podría suponer que hay un hombre ahí debajo.

—¿Dónde crees tú que estarán escondidos? Me refiero a los terroristas.

—Seguramente ocupan uno de esos yates y nos vigilan con unos prismáticos —respondió Stanley.

—Y posiblemente, te tienen encañonado con rifles de precisión —hubo un trémolo de angustia en la voz de míster Drake.

—¡Chist! Cállate. He oído algo.

El notario se cubrió apresuradamente con la manta negra y permaneció inmóvil.

Resonaron unas fuertes carcajadas juveniles, no muy lejos de allí.

Perplejo, Stanley descubrió el letrero luminoso que parpadeaba más allá de las instalaciones portuarias: «FREE CALIFORNIA CLUB. Música, baile, cócteles exóticos, aire acondicionado.»

—Free California... —murmuró entre dientes.

Y súbitamente experimentó una imprecisa sospecha.

Sin embargo, eran ya las nueve y veintinueve minutos. Tras advertir a su padre, Stanley bajó del coche, lo rodeó y ostensiblemente alzó la tapa del maletero.

Una última mirada a su alrededor, otra ojeada al reloj: las nueve y media en punto. Sacó los dos grandes sacos de resistente plástico negro que contenían medio millón de dólares y sin molestarse en bajar la tapa del maletero, arrastró las bolsas hasta el borde del muelle.

Fue entonces cuando oyó el horrísono zumbido de una motocicleta con escape libre. Sin embargo, Stanley no se volvió: sus instrucciones consistían en arrojar el dinero al agua y eso fue lo que hizo.

Cuando iba a volverse, alguien se abalanzó sobre él y le empujó al vacío. Inconscientemente, se llevó una mano a la nariz para evitar que el agua penetrara por allí violentamente y se sumergió

en las oscuras aguas.

Cuando emergió, pudo escuchar las hirientes carcajadas. Agitó la cabeza con fuerza para evitar que el cabello chorreara sobre sus ojos y miró hacia lo alto.

El estupor le dejó sin habla, sin capacidad para reaccionar. No quería creerlo, pero lo tenía ante sus ojos: la persona que reía con aquellas rotundas e hirientes carcajadas no era otra que... Melody Waynes.

Con las manos apoyadas en sus redondas caderas, la jovencita reía y reía sin parar como si estuviera contemplando el espectáculo más cómico del mundo.

Y junto a ella, aunque algo distanciado, permanecía Ken Stone *el Guapo*, el cual reía también, pero sin la espontaneidad y el regocijo que mostraba Melody.

Stone acababa de echar una ojeada al interior del Buick y se reunió con Melody al borde del dique.

Una idea cruzó súbitamente por el cerebro de Stanley Drake. Comenzó a golpear desmañadamente el agua con sus manos y a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Auxilio! ¡No sé nadar! ¡Ayúdenme, por favor!

Las carcajadas de Melody cesaron bruscamente y sus facciones palidieron. Absorta, contempló durante unos instantes a Stanley Drake, que chapoteaba desesperadamente en el agua, tratando inútilmente de aproximarse al muelle.

Hasta que finalmente el hombre que se ahogaba comenzó a hundirse. Una vez más emergió a unos metros de distancia, agitándose y balbuceando:

—¡Ayuda...! ¡Socorr...!

Y luego volvió a hundirse y desapareció.

Terriblemente pálida, Melody Waynes se volvió hacia El Guapo.

—Una broma puede pasar, Ken, pero no puedo permitir que ese hombre se ahogue Voy a...

Y súbitamente se arrojó al agua.

—¡No seas estúpida, tú no sabes nadar! —le gritó El Guapo, al tiempo que Melody se hundía en las aguas de la dársena.

«No sé nadar», pensó Melody con espanto, en el momento en que se hundía profundamente en las oscuras aguas. Porque era verdad: Melody Waynes no sabía nadar, apenas chapotear en una piscina que la cubriera por la cintura.

A pesar de lo cual, en un movimiento instintivo de solidaridad, acaso de piedad, acababa de lanzarse al agua con la intención de salvar a Drake.

Precisamente Stanley acababa de emerger a veinte metros de distancia, a la sombra del espigón, cuando advirtió lo que estaba

ocurriendo.

Vio a Melody en el agua, comprobó su torpe braceo, su inútil intento de poner su cuerpo en posición horizontal. Y oyó sus gritos inarticulados, el gorgoteo que producía al tragar las primeras bocanadas de agua y comprendió que la muchacha no sabía nadar.

El sí sabía hacerlo muy bien, aunque había fingido todo lo contrario para vengarse de la burla sangrienta a que le habían sometido la chica y el hombre que la acompañaba. En la Universidad, Stanley había sido campeón de natación de fondo durante tres cursos y en el verano solía nadar durante horas enteras en el río o en la piscina, sin experimentar fatiga.

Pero ahora sintió la diabólica tentación de permitir que Melody se ahogara. Aunque sólo fuera un poco.

Finalmente, el amor que sentía hacia ella pudo más que el ansia de revancha. Despojándose fácilmente de la chaqueta, los zapatos y los pantalones, nadó vigorosamente hacia el lugar donde la muchacha acababa de hundirse.

Pudo verla fácilmente bajo el agua, porque sus cabellos rubios relucían metálicamente en la semipenumbra submarina.

La aferró por la cintura llegando cautelosamente por su espalda y tiró de ella hacia la superficie.

La muchacha se atragantó en cuanto llegó arriba. Intentó respirar, pero de su boca sólo salió un chorro de agua de mar. Un momento después estaba vomitando aparatosamente.

—Tranquilízate, Melody —trató de infundirle confianza Stanley—. Ahora estás a salvo. No temas, no dejaré que te hundas. Respira profundamente, controla tu respiración y abandónate. Yo te llevaré a lugar seguro.

A unos treinta metros de distancia, el acceso al muelle era fácil a través de la escalera del embarcadero.

—Agárrate a mi cuello con una mano y déjate llevar —le aconsejó Drake.

Y la joven obedeció, sumisa.

Apenas había dado tres brazadas, cuando desde arriba llegó el aviso:

—¡Quieto ahí, Drake! —Era Ken *el Guapo* quien le hablaba—. Reconozco que ha sido una bonita lección de salvamento y natación práctica, todo en una pieza, pero mis planes son otros.

Stanley miró hacia el muelle. Y vio que Stone le encañonaba con una escopeta recortada.

—¿Qué se propone? —preguntó Stanley, sujetando a Melody y nadando precariamente con los pies.

—Suelta a la muchacha.

—¿Está loco? Ya ve que no sabe nadar —protestó Drake—. ¡Se ahogará!

—Eso me tiene sin cuidado. Yo tampoco sé nadar, pero necesito esos dos sacos que usted arrojó al agua. Suelte a Melody y tráigame el dinero. Los sacos están flotando detrás de usted —advirtió El Guapo.

—¡No lo haré! Antes tengo que poner a salvo a Melody —advirtió Stanley.

Ken dejó escapar una corta carcajada.

—¿Está seguro de lo que le conviene? —exclamó.

Alzó la escopeta recortada y disparó.

Stanley vislumbró el fogonazo rojizo y pensó que lo más sensato era sumergirse y escapar al segundo disparo, pues el primero sólo era de advertencia, aunque elevó un alto chorro de agua a tres metros de distancia.

Pero ¿cómo abandonar a Melody? Si la soltaba, ella se iría al fondo y se ahogaría en unos pocos minutos.

—¿Va a hacer lo que le he dicho? —insistió El Guapo, impaciente. Y volvió a alzar despacio la escopeta de cañones aserrados.

—¡Espere! —jadeó Drake—. De acuerdo. Le llevaré el dinero.

Acababa de ver elevarse una sombra a espaldas de Ken Stone.

Estupefacto, contenida la respiración por el asombro, reconoció a su padre, que salía silenciosamente del coche empuñando aquel enorme pistolón, reliquia de otros tiempos.

«¡Viejo temerario! —pensó Stanley—. Debió quedarse bajo la manta.»

Por supuesto que su padre jamás se atrevería a disparar contra un ser humano. Todo lo más, se limitaría a amenazar con el viejo Colt-Frontier a Ken *el Guapo*.

Pero ¿cuál sería la reacción de Stone al verse intimidado por el anciano señor Drake?

Lo más probable era que el peligroso individuo se volviera descontroladamente de un respingo y disparara al unísono. A aquella distancia —Wilfrid Drake se encontraba a poco más de un metro de distancia—, el disparo de la recortada produciría una tremenda herida, irreparable, en el vientre de su padre.

Por eso, Stanley gritó a pleno pulmón:

—¡Le traeré ese dinero, maldita sea! Puedo hacerlo, incluso ahogado con esta muchacha. ¿No lo cree? Ahora lo verá.

Y comenzó a nadar de espaldas, sin dejar de dirigirse en voz alta a Ken Stone.

Justamente en aquel momento, míster Drake se abalanzó sobre El Guapo esgrimiendo en alto su pesado pistolón.

—¡Poco a poco, mi irascible amiguito! —exclamó.

Y dejó caer la culata del revólver con todas sus fuerzas sobre el cráneo de Ken.

La recortada de Stone se zambulló en el agua y su dueño cayó inmediatamente después.

Mientras El Guapo tragaba agua en proporciones considerables, Stanley alcanzó los dos sacos del dinero que flotaban libremente en la dársena y susurró a Melody:

—Toma uno bajo cada brazo y te servirán de flotadores.

Melody no se fiaba demasiado, pero una vez afianzada a los voluminosos sacos de plástico, comprobó que se sostenía a flote y se tranquilizó. Sin embargo, palideció al ver que Drake se apartaba de ella nadando a largas brazadas de *crawl*.

—¿Adónde vas? ¡Por lo que más quieras, Stanley, no me dejes! ¡Me hundiré! —gritó, aterrada.

—No chilles —respondió Stanley deteniéndose un momento—. Puedes alertar con tus gritos a los espeluznantes terroristas de Free California —se burló.

Un momento después volvía junto a la joven, después de dejar a Ken boqueando sobre los primeros peldaños del embarcadero.

Arriba les aguardaba Wilfrid Drake, empuñando su pistolón y tan ufano como un héroe de la televisión.

—Fue un buen golpe, ¿eh? —se pavoneó—. Ya lo has visto, si no hubiera sido porque yo estaba prevenido...

—Tienes razón, papá —asintió su hijo de buen grado—. Tu pistolón ha sido de una eficacia tremenda... a juzgar por el chichón que he palpado sobre el cráneo de ese granuja.

Mientras Melody, se sacudía como un cacharro, Stanley bajó a por los dos sacos del dinero y los devolvió al maletero del coche.

Míster Drake le contempló, lleno de perplejidad.

—Lo que no comprendo es dónde están los terroristas del grupo Free California —exclamó, mientras ponía en orden con su mano izquierda sus escasos cabellos grisáceos—. Te lo juro, Stan; ¡no acabo de entenderlo!

El más joven de los Drake rió sin ganas.

—No existe tal grupo terrorista, papá. Nos han engañado —dijo, con reproche.

—Pero...

—Que te lo explique Melody —Stanley señaló con un movimiento de la mandíbula inferior a la muchacha, que permanecía en pie, chorreante, a unos pasos de distancia—. Aunque no es preciso, yo te diré la verdad; esta jovencita sólo quiso gastarnos una broma pesada. Eso es; sólo pretendió burlarse de nosotros.

Melody avanzó unos pasos. Parecía terriblemente compungida.

—No fue una simple broma —protestó—. Sólo trataba con esto de... de ponerles a prueba.

—¿Ponernos a prueba, hijita? —exclamó míster Drake, con admirable paciencia.

—Sí. Ustedes afirmaron que no solamente se habían relacionado conmigo por motivos profesionales, sino porque habían llegado a estimarme personalmente —explicó, rehuendo la mirada de Stanley—, Ya se lo he dicho: mi propósito era comprobar si su estimación por mí llegaba hasta el extremo de arriesgarse por mi causa.

Hubo un silencio.

Y luego, el comentario de míster Drake, un tanto escamado:

—Pues si ése era el motivo que te impulsó a fingir tu propio secuestro, habrás comprobado que verdaderamente nos hemos arriesgado por ti. Ese amiguito tuyo. Ken *el Guapo*, no parecía bromear con el arma en la mano. Pudo mataros a los dos.

Melody asintió, cabizbaja.

—Lo sé. Y estoy arrepentida de haber urdido esta estúpida farsa. Por otra parte, Ken no es mi amigo —declaró.

—Ah, ¿no? —saltó vivamente Stanley—, Reflexiona; te fugaste de la clínica y corriste a cobijarte en sus brazos.

—¡No es verdad! —sollozó Melody—. El me llamó varias veces a la clínica, telefónicamente. Me explicó que estaba sin blanca, hambriento y desesperado. «Si no obtengo pronto algún dinero, no me quedará otra solución que atracar un bar o una tienda», me dijo. Por eso le pedí el dinero, señor Drake; con el fin de que Stone evitara caer nuevamente en el delito. Cuando supo que yo tenía tres mil dólares en mi poder, me instó hasta convencerme de que abandonara por un rato la clínica para entregarle una parte del dinero.

—Admirable obra de misericordia —ironizó Stanley—. El, por el contrario, te hubiera dejado morir en mitad del desierto.

Caminó hasta el embarcadero y reapareció a los pocos minutos arrastrando a Ken, que aún seguía arrojando por la boca una parte del agua que había tragado en la dársena.

Su aspecto no era muy agradable: macilento, demacrado, con las huellas del vicio en el rostro prematuramente envejecido y los lacios cabellos aplastados sobre la frente, su apariencia era la propia de un hombre derrotado.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó míster Drake.

Stanley dirigió una mirada a Melody.

—Un tipo que lleva por todo equipaje una escopeta recortada, no parece el más adecuado objeto de misericordia. Si de mí dependiera, lo entregaría a la policía para que estuviera a buen recaudo por una temporada —dijo—. Sin embargo, prefiero que su destino lo decida

Melody.

La muchacha vaciló. Parecía luchar con encontrados sentimientos cuando respondió:

—Déjalo marchar, Stanley. Es un infeliz, pero la cárcel no haría de él un hombre mejor. He conocido algunos chicos y chicas que han estado encerrados y sé que la prisión no ha hecho nada positivo por ellos. Déjale ir —insistió—. Por mi parte, estoy segura de que no volveré a verle jamás.

—Ya lo has oído —Stanley golpeó sin rigor las piernas de el guapo, que seguía jadeando y tosiendo en el suelo—. Coge tu moto y márchate. Pero te lo advierto: si vuelves a rondar a Melody, te llevaré ante el juez con una acusación por tentativa de asesinato.

Stone se puso en pie con dificultad y caminó despacio hacia la motocicleta derribada sobre el pavimento adoquinado.

En ese momento, la luz de unos faros le deslumbró y se detuvo, parpadeando. Un taxi se detuvo a pocos metros y una mujer descendió. El taxi se alejó en seguida.

—¡Señorita Gardiner! —exclamó míster Drake, estupefacto—. ¿Puedo saber el motivo de su presencia en este lugar? Suponía, ah, que usted estaría a muchos kilómetros de Los Angeles. Exactamente, atendiendo mi despacho de Boston.

Martha Gardiner vestía un severo vestido gris sin gracia alguna y un sombrerito decididamente ridículo.

No parecía embarazada en absoluto cuando se detuvo a mitad de distancia entre Ken Stone, que parecía paralizado, y el grupo formado por míster Drake, Stanley y Melody Waynes.

—Un fugaz viaje de negocios, querido míster Drake —explicó con amabilidad.

—Pero, señorita Gardiner, no comprendo —farfulló el notario, desconcertado—, ¿Desde cuándo se dedica a los negocios?

Martha Gardiner sonrió angelicalmente.

—¡Oh, desde este mismo momento, podría decirse! —exclamó.

Y rápidamente sacó una larga pistola del amplio bolso de palma trenzada que llevaba colgado de su brazo izquierdo.

—Esto es una pistola ametralladora M-10, llamada Marietta por los terroristas —anunció—. Ignoro por qué la llaman así, pero lo que puedo decirles en confianza es que dispara docenas de balas por segundo.

Bruscamente, encañonó a Ken Stone y disparó. Melody y los Drake supieron que había disparado porque del largo cañón del arma surgió un fogonazo. Pero la detonación no sonó. Apenas pudieron oír un apagado «plof».

El Guapo cayó de bruces, tras llevarse las manos al pecho. La señorita Gardiner caminó hacia él, le tomó por un brazo sin dejar de

vigilar a los demás y le arrastró hasta el borde del dique.

Se oyó el estrépito del chapuzón. La señorita Gardiner se dirigió a los tres asombrados testigos de su frío asesinato y dijo:

—Suban al coche y alejémonos de aquí. Tenemos que charlar.

CAPITULO XII

Obedecieron, naturalmente. ¿Quién se atreve a desafiar a una persona que empuña un arma capaz de disparar cuarenta balas por segundo y que, además, acaba de perpetrar un asesinato con impresionante indiferencia?

—Usted se encargará de conducir, Stanley —dictó—. Me disculparé que no utilice el protocolario «míster Drake Junior», pero dadas las circunstancias...

Ordenó a Melody que se acomodara en el extremo más alejado del asiento posterior, hizo entrar a continuación a Wilfrid Drake y finalmente la señorita Gardiner se situó en el extremo más distante.

—Perfectamente —observó complacida—. Emprendamos el viaje, Stanley. Salga del puerto y diríjase hacia el sur.

El coche se puso en marcha, atravesó las instalaciones de la zona deportiva del puerto y alcanzó la autopista Número Cinco.

Durante largos minutos, las cuatro personas que viajaban en el Buick permanecieron en silencio.

La señorita Gardiner les vigilaba atentamente, aunque una sonrisa de complacencia distendía sus delgados labios adornados con una pincelada de rouge de color rojo chillón.

—Marietta descansa apaciblemente en mi bolso playero —advirtió con voz distendida, incluso agradable—, Pero el dedo índice de mi mano derecha acaricia el gatillo. Créanme, no es una amenaza. Mis palabras obedecen a mi decidido estilo: puntualizar las cosas.

Tras el volante, Stanley había alzado despacio su mano derecha, de forma que a través del espejo retrovisor interior pudiera ver a la señorita Gardiner a la luz que les llegaba desde el exterior. Y era aquel premeditado movimiento el que había suscitado la advertencia de la encargada del despacho de Drake & Drake.

El Buick rodaba a ciento diez kilómetros por hora a lo largo de la autopista. La circulación era intensa a las diez y media de la noche.

—¡Tengo que saber inmediatamente...! —estalló de improviso míster Drake.

Pero su secretaria movió ligeramente el bolso playero en su dirección.

—Después, después, míster Drake —advirtió dulcemente la señorita Gardiner—. Tendremos tiempo de charlar. Puntualmente.

Más allá de Long Beach, la señorita Gardiner indicó al conductor que debía abandonar la autopista y tomar una

carretera que llevaba directamente a la zona industrial situada al sudeste del Gran Los Angeles.

En cuanto el Buick abandonó el estrépito y las rutilantes luces de la autopista, la señorita Gardiner se mostró dispuesta a iniciar el coloquio.

—Bien, imagino que les habrá sorprendido mucho verme aparecer en Los Angeles —sugirió. Y advirtió a Stanley—: Más despacio, si me hace el favor. No tenemos prisa. Sería estúpido tener un accidente por exceso de velocidad.

—Decididamente, no comprendo una palabra, señorita Gardiner —se alborotó Wilfrid Drake—, Durante diecisiete años ha sido usted la secretaria ideal, la persona más eficiente y digna de confianza que podría desearse. Y ahora, de improviso, surge usted ante nosotros empuñando un arma peligrosísima, mata a sangre fría a un hombre y nos amenaza a los tres. Me gustaría saber qué significa todo esto.

—Tiene toda la razón del mundo —los labios seguían distendidos en una sonrisa, pero era una sonrisa ficticia, fría, calculada—. He sido la empleada modelo. Callada, laboriosa, capaz y nada exigente. Me he sacrificado, he perdido los mejores años de mi vida trabajando como un ratón de biblioteca. Aunque debo confesarles que no lo hice por vocación. En realidad, detesto el trabajo de oficinas. Ingresé en su despacho, querido señor Drake, porque esperaba ser algún día inmensamente rica.

—Sigo sin comprender nada —la interrumpió Wilfrid Drake.

—Deja que la señorita Gardiner se explique, papá. Probablemente, ella misma nos explicará todo este galimatías, si le damos el tiempo necesario —intervino Stanley—. Un presentimiento me hace suponer que todo ello tiene alguna relación con Melody Waynes. ¿Me equivoco, señorita Gardiner?

—En absoluto —admitió la solterona de buen grado—. En realidad, he estado pendiente de esta criatura desde que nació, hace poco más de diecisiete años.

Melody la miró con asombro. Para ella, Martha Gardiner era una completa desconocida.

—Sé que aún se encuentran desconcertados, pero lo comprenderán mejor si reflexionan sobre mi apellido: Gardiner.

Stanley frunció el entrecejo. Un dato pugnaba por acudir a su memoria, pero era tan difícil pensar intensamente y atender a la conducción del automóvil...

—¿No recuerdan el apellido de soltera de la esposa de Patrick Waynes? —planteó la secretaria de los Drake.

—Déjame pensar —exclamó el notario—. La esposa de Patrick se llamaba Margie... ¡Margie Gardiner!

—¿Lo ven? Ya tenemos un punto de contacto.

—Usted... Usted es hermana de Margie Waynes, de soltera Gardiner —dijo Stanley.

—¡Exactamente! Pero vaya más despacio, Stanley —recomendó Martha—. Yo era la hermana menor de Margie. Aunque en honor a la verdad, debo decir que no nos parecíamos mucho. Ella era una mujer muy bella y yo, está a la vista, no soy muy agraciada.

El Buick rodaba a noventa kilómetros por hora por una carretera de escaso tránsito. Sólo muy de cuando en cuando se cruzaban con otro vehículo y entonces las luces del otro automóvil iluminaban fugazmente los rostros de los pasajeros,

—Siempre lo mantuvo en secreto. Me refiero a su parentesco con los Waynes —sugirió Stanley.

—Sí. Me convenía —admitió la señorita Gardiner.

—¿Por qué? —inquirió el notario, cada vez más desorientado—. ¿Acaso abrigó alguna vez la esperanza de heredar a Patrick Waynes?

Los ojos grises de Martha Gardiner destellaron fugazmente.

—Sí, ¿a qué negarlo? Si Margie no hubiera muerto antes de tiempo, ella heredaría a Patrick, y posteriormente su dinero pasaría a mis manos, cuando Margie falleciera. Era muy probable, puesto que yo era quince años más joven que mi hermana...

—Usted debió influir mucho en ella... —comentó Stanley, contemplando las poco agraciadas facciones de Martha a través del espejo retrovisor.

—Es cierto, Margie carecía de personalidad, a pesar de su belleza. Desde que se casó con Waynes, yo fui lo suficientemente astuta para apoderarme de su voluntad. Yo podía haber vivido sin trabajar, porque ellos me habían invitado a vivir en su casa con todos mis gastos personales cubiertos. Acepté por unos años, pero Patrick comenzó a reprocharme mi influencia sobre mi hermana y finalmente decidí alejarme de ellos, con la complacencia de mi cuñado, que respiró más a gusto cuando me vio marchar... ¡Infeliz! El no sabía que yo no necesitaba vivir en su casa para influir decisivamente en la voluntad de mi hermana.

—Y entonces decidió buscarse un trabajo —dijo Stanley—, ¿Por qué precisamente en el despacho de Drake & Drake?

—Usted es inteligente, Stanley, y ha adivinado ya mis motivaciones —observó Martha—. Naturalmente, ir a trabajar a su despacho no fue fortuito. Me interesaba. De esa forma, quizá no resultaría difícil tener acceso a los protocolos notariales, y con ello al testamento de Patrick Waynes.

El notario se agitó, impaciente, en el asiento.

—¡Señorita Gardiner! —se escandalizó—. ¿Quiere decir que

llegó a... a violar los documentos que yo guardaba en la caja fuerte?

—Naturalmente. Averiguar la combinación era fácil, puesto que usted se fiaba absolutamente de mí. Y despegar un pliego para leer un testamento una simple chapuza facilísima, igualmente. De esta forma, yo podía saber si Patrick introducía alguna variación en su testamento, ¿comprenden?

—Lo que no entiendo es el odio que parece sentir hacia Melody. Porque usted, señorita Gardiner, odia a esta joven, ¿verdad? —sugirió Stanley.

—Es cierto. La odio desde que nació —clamó Martha—. Yo vigilaba las idas y venidas de Patrick y siempre estuve al tanto de su relación con Sally Christie y del nacimiento de Melody. Para mí, Melody supuso siempre el peligro de que mi cuñado dividiera su fortuna, por eso permanecí siempre vigilante, aunque jamás confesé a Margie que Patrick tenía una hija extraconyugal. ¿No lo comprenden? ¡Melody fue siempre mi rival!

—Eso es una estupidez, señorita Gardiner —declaró míster Drake—. Además, desde el momento en que murió su hermana, usted debió entender que no tenía la más remota posibilidad de poner sus manos sobre la fortuna Waynes.

Una chispa de rencor brilló en los ojos de la solterona.

—Esa fue mi mayor frustración. Por eso decidí que si yo no podía gozar del dinero de Patrick, tampoco lo haría esta advenediza. Y cuando supe a través de ustedes que Melody podría encontrarse en un rancho de California, no dudé ni un momento: la mataría antes de que usted, míster Drake, le entregase una fortuna colosal.

—Luego fue usted la persona que llamó a Merryvale interesándose por Melody —intervino Stanley—. Y también la que disparó contra nosotros, la que hirió gravemente a Melody en el pecho...

—Sí... —admitió Martha, rencorosa—. Es el único lujo que me he permitido a lo largo de mi vida: las armas de precisión. Me encantaban. Sabía que algún día las necesitaría. Lo único que lamento es haber fallado cuando disparé contra Melody en el desierto...

Se produjo una pausa, que rompió finalmente el notario.

—Es horrible, Martha —dijo, apesadumbrado—. La suya es una vida estéril, dedicada enteramente a la codicia, al rencor, al egoísmo. Pudo ser feliz, como cualquier ser humano, si se hubiera abierto a los demás. Pero usted prefirió encerrarse en sí misma... Es lamentable, sí. Y dígame, ¿por qué mató a ese muchacho, Ken Stone?

Un sonido hueco, semejante a una risita hipócrita, se produjo en la garganta de Martha.

—¿Por qué, dice? Yo les seguí a ustedes desde el momento que abandonaron Boston en dirección a California. En la carretera, recogí a Ken. Estaba lleno de rabia, de furia... Sólo deseaba golpear, matar... Su rencor iba dirigido contra usted, Stanley. Decidí aprovechar su odio en mi favor. Le convencí de que trabajase a favor mío. Fui yo quien le sugerí que convenciese a Melody para gastarles una broma inocente... que a mí me reportaría quinientos mil dólares. Y créanme, ese dinero, bien invertido, me permitirá vivir cómodamente por el resto de mis días.

—¿Y nosotros? ¿Piensa... matarnos? —susurró Stanley.

—¿Qué remedio? Hace un par de semanas encontré un gran quemadero de residuos por esta zona. Tres cadáveres regados con abundante gasolina arderán completamente, sin dejar rastro. No puedo hacer otra cosa —terminó, con acento de gran desolación.

Otra pausa. La carretera, más estrecha ahora, estaba solitaria, inhóspita.

—Señorita Gardiner —dijo Stanley de pronto—, ¿ha tenido la precaución de echar el seguro de su portezuela? Me bastaría dar un volantazo a la izquierda para que usted saliera despedida del coche.

Martha se inmutó. Y rápidamente echó el seguro.

Se aproximaban al quemadero, cuando Stanley hizo otra observación, tras comprobar que Martha, tensas las facciones ahora, les vigilaba sin parpadear.

—Señorita Gardiner, ha tenido un descuido, los bajos de su lamentable vestido han quedado atrapados en la portezuela —dijo, sin perderla de vista.

La señorita Gardiner se inclinó bruscamente hacia adelante para comprobar si lo que Stanley acababa de decir era cierto. Fueron unos segundos apenas... El coche dio un brusco bandazo, justo en el momento en que Stanley abría su portezuela y gritaba:

—¡Papá, Melody, saltad fuera inmediatamente!

Melody fue la primera en reaccionar. Tras dirigir una temerosa mirada a los montículos de cascotes que bordeaban el camino, empujó su portezuela y asió a míster Drake con toda decisión.

Rodaron sobre los escombros violentamente, mientras el Buick se alejaba hacia el barranco que estaban relleno los bulldozers estacionados en las proximidades.

Se pusieron en pie doloridos, pero satisfechos de encontrarse enteros y lejos del alcance de la Marietta de la señorita Gardiner.

Entretanto, el coche rodaba a buena velocidad cuesta abajo.

—¿Por qué no se arroja fuera del vehículo? —exclamó míster Drake, aterrado.

—No puede. Lo que le dije es cierto. Su vestido era demasiado largo y quedó prendido en la portezuela. Al echar el seguro, sus posibilidades aún eran más escasas. De modo...

En aquel momento, el Buick saltó al vacío. Se oyó un estrépito de planchas abolladas y luego resonó una explosión, seguida de una gigantesca llamarada.

—Me temo que nada podemos hacer ya por ella —murmuró Stanley, sin el menor pesar.

—¡Horrible, horrible! —repitió su padre—. Ha encontrado el fin que destinaba para nosotros. Tendremos, ah, que acudir a la policía.

* * *

—¡No, no y no! —protestó tajantemente míster Drake—. No puedo consentirlo. Mientras Melody sea menor de edad y yo su representante legal, no pienso autorizar vuestro matrimonio.

—Pero ¿por qué? —se admiró cándidamente Melody.

—Sería un escándalo. Me acusarían de aprovechar mi poder sobre ti en favor de mi hijo. Sería el desprestigio, la descalificación profesional y moral, el...

—Pero si ¡yo le quiero! —protestó la joven.

—Eres demasiado... ah, inmadura. Tal vez, dentro de unos años, tú misma me acusarías. Dirías que te manejé, que...

—Déjalo correr, Melody —intervino Stanley—. De todas formas, papá, yo pienso renunciar *ante notario* a la administración de los bienes de Melody.

—¡A pesar de ello! —denegó míster Drake—. ¡No transigiré! Melody y Stanley se echaron a reír

—En ese caso, atente a las consecuencias —amenazó su hijo.

—¿Qué quiere decir? —se alarmó el notario. Y dirigió una mirada al vientre liso de Melody—. ¿Acaso... acaso habéis aprovechado indebidamente las dos semanas de vacaciones que disfrutasteis en México para... para...?

Su rostro se había congestionado. Más aún cuando Melody hizo aquel enigmático comentario:

—¡Quién sabe! El ardor de las playas, el aroma de la vegetación tropical, el hechizo de las noches mexicanas, lo insinuante de los sonos sudamericanos, la sugestión del viaje, la...

Míster Drake palideció súbitamente tras su amago de congestión.

—Está bien, firmaré ese maldito papel, pero..., pero prometo que si... que si., —barbotó fuera de sí.

—Si es *que sí*, probablemente te haremos abuelo dentro de algunos meses —respondió Stanley.

Tomó la autorización legal que su padre acababa de firmar como tutor de Melody, se la guardó apresuradamente y se distanció unos pasos...

—Aunque eso nunca ocurrirá antes de nueve meses —declaró Melody con una sonrisita bobalicona.

Míster Drake se quedó de piedra.

—De modo que habéis utilizado esa sucia farsa para obtener mi firma —les reprochó—. Os lo aseguro, ¡nunca más volveré a fiarme de vosotros dos! ¡No en mis días...!

Pero cuando Melody y Stan abandonaron el estudio cogidos del brazo, la expresión del notario se dulcificó.

—Un nieto —murmuró. Y se le encandilaron los ojos de pura ilusión—. Naturalmente, si es niño, se llamará, ah, ¡Wilfrid! Y, tal vez, incluso llegue a ser notario...

F I N

PUNTO

**PUNTO
ROJO**



ROJO
intriga...

ROJO
misterio...

ROJO
suspense...

ROJO
acción...

ROJO

ROJO

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España